



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Muerto en acto de servicio

Aaron Foreman, un agente de la CIA, ha desaparecido en Maracaibo, y Mr. Cavanagh teme que le hayan matado. Las pistas llevan a la agente Baby a un bar de un hotel en Curaçao.



Lou Carrigan

Muerto en acto de servicio

Brigitte en acción - 227

Archivo Secreto - 186

ePub r1.1

Titivillus 06.01.2021

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Dentro del coche estacionado en el aeropuerto Foster Dulles, de Washington, había dos hombres. Uno de ellos, en el asiento de atrás, en actitud de paciente espera. El otro, sentado ante el volante, tenía en las manos unos prismáticos, y miraba con ellos de cuando en cuando hacia el norte.

Por fin, una de las veces, tras mirar, se volvió hacia el hombre del asiento de atrás, tendiéndole los prismáticos.

—Ahí llega, señor —musitó.

El otro tomó los prismáticos, y miró con ellos hacia el norte. En seguida localizó el helicóptero, que se acercaba rápidamente. Lo estuvo mirando hasta que tomó tierra, las aspas dejaron de girar, y una mujer saltó del aparato.

Una mujer excepcional, tan hermosa, que el hombre que miraba con los prismáticos los bajó un instante, y suspiró…

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó el otro.

—No… No.

Volvió a mirar. La mujer caminaba ya hacia el estacionamiento, al aire sus largos cabellos negros, suavemente ondulados. Llevaba un vestido de primavera de color azul claro, y zapatos de tacón alto, del mismo color. En su mano izquierda se balanceaba un curioso y simpático maletín rojo con florecillas azules, estampadas. Y, para que al conjunto azul no le faltase nada, también los ojos de aquella divina criatura que caminaba con porte de reina, eran azules. Azules, grandiosos, bellísimos; de mirada directa, abierta, franca, inteligente. Más que mirar, parecía esparcir con ellos una luz a su alrededor…

—¿No me permitiría mirar unos segundos, señor? —pidió el hombre que estaba al volante.

El otro le tendió los prismáticos, en silencio, y se arrellanó en el confortable asiento del coche cerrado. Y el hombre del volante

lanzó una contenida exclamación, contemplando aquella figura increíble, el tono dorado de la piel femenina, su armonioso caminar…

—No puede haber ninguna mujer como ella —susurró.

El del asiento de atrás no contestó. Hacía ya mucho tiempo que sabía eso. Ciertamente: no podía haber en todo el mundo otra mujer como aquella que acudía a la cita. Y seguramente, jamás volvería a tener el mundo otro ejemplar de igual belleza…, ni de igual temple y carácter. Porque, en verdad, hacía falta tener temple y carácter para seguir en la brecha después de casi quince años de espionaje, en misiones escalofriantes, siempre terminadas a favor de ella. A favor de Baby, la agente de la CIA temida por todos los servicios de espionaje. Sí, un temple y un carácter digno de estudio, considerando que Baby, es decir, la señorita Brigitte Montfort, periodista, residente en Nueva York, podía haber abandonado hacía años aquella peligrosa actividad de espía y retirarse a vivir tranquilamente, más rica que una reina…

—Está llegando, señor —le devolvió, el del volante, los prismáticos.

El de atrás ya no volvió a utilizarlos. Se limitó a esperar.

Y poco después, la portezuela derecha de atrás se abrió, y la sensacional criatura entró en el coche, sentándose junto al pensativo personaje de gran melena gris y rostro pétreo.

—Buenos días, señor —sonrió Brigitte Montfort; miró al hombre del volante, le tiró un beso con los deditos, y amplió la sonrisa absolutamente angelical—. ¡Hola, Simón!

—¡Hola…! —el agente de la CIA sonrió de oreja a oreja—. Hoy es mi día de suerte.

—¿Ha tenido buen viaje? —preguntó el de melena de león.

—Corto y bueno. ¿Adónde vamos, ahora?

Mister Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, y por tanto, jefe directísimo de Brigitte *Baby* Montfort, movió negativamente la cabeza.

—Por el momento, seguiremos aquí, en el coche… Se ha recibido en la Central una carta para usted, Brigitte.

—¿Para mí? ¿Para Brigitte Montfort?

—No, no… Para la agente Baby.

—¡Ah! Eso es otra cosa… ¿Qué dice la carta?

Cavanagh le tendió un sobre, y Brigitte sacó la hoja de papel. La desdobló, y leyó:

> *«Willemstad, Curaçao, 21 mayo 7 tarde bar del hotel Bonaire. Pida la* suite *12. Asunto: proyectiles atómicos clandestinos».*

La señorita Montfort hizo un gesto de fastidio.

—¡Oh, no! —refunfuñó graciosamente—. ¡Otra vez proyectiles atómicos, no, por favor!

—En realidad —admitió Cavanagh su protesta—, no la habríamos molestado por esto, ya que, además de que seguramente es falso, puede ser una trampa para la agente Baby. Digo esto porque a quien citan es a usted personalmente, no a la CIA. Sin embargo, claro, podría haber algo de verdad en todo esto…

—¡Oh, vamos…! ¿Qué significado tendrían unos proyectiles atómicos, en esa pequeña isla?

—Bueno… La nota no dice que los proyectiles puedan estar en Curaçao, sino que la cita es allí. Los proyectiles podrían estar en otro sitio. De todos modos, ya le digo que por esto sólo no la habría hecho venir.

—¿Es que ocurre algo más?

Cavanagh sacó otro sobre, que tendió a Brigitte, la cual extrajo ahora varias fotografías, todas ellas pertenecientes al mismo hombre. Un sujeto de buena facha, cabellos largos, mirada penetrante, boca grande, barbilla sólida… Un sujeto de aspecto notable, quizá por las dos cicatrices que tenía sobre la ceja derecha, que parecía descender un poco más que la otra, en dos secciones.

—Tiene treinta y seis años —murmuró Cavanagh—. Estuvo en Vietnam. Luego, en Checoslovaquia, y en el sur de Europa, especialmente, en España, donde pasó casi dos años. Su nombre es Aaron Foreman, pero usted lo llamaría, simplemente, Simón.

Brigitte palideció. Cuando Cavanagh le decía el nombre auténtico de un agente de la CIA, en lugar de mencionarlo simplemente como Simón, que era como Baby llamaba a todos sus compañeros de servicio, las perspectivas para este agente eran muy malas.

—¿Lo han matado? —susurró.

—Me temo que sí… —susurró también Cavanagh—. Hace más de una semana que no se han recibido noticias de él en parte alguna. Quizá esté vivo, pero si es así, no quisiera estar en su pellejo: tiene que estar pasándolo muy mal.

—¿Dónde estaba operando Aaron Foreman?

—En la zona de Maracaibo.

Baby se quedó mirando atentamente a su jefe.

—Eso es tanto como decir que operaba, también, en Curaçao.

—Sí —admitió Cavanagh.

La divina espía volvió a mirar las fotografías de Aaron Foreman. Luego, miró la nota que la citaba en Curaçao. De nuevo las fotografías, otra vez la nota…

—Iré a Curaçao —murmuró.

Al oír esto, el agente de la CIA que estaba al volante salió del coche. Mientras tanto, Cavanagh abría su portafolios, y sacaba de éste un sobre más grande que los anteriores. Y del sobre comenzó a sacar papeles…

—Pasaporte británico a nombre de Nora Tisdale… —le tendió—. Veinte mil dólares, por si ha venido usted sin fondos. Pasaje para el vuelo Washington-San Juan y San Juan-Caracas. El avión sale dentro de cincuenta minutos. Desde Caracas, vaya usted a Willemstad como mejor le parezca. En cuanto a si debe o no acudir a la cita, y cómo tiene que iniciar la búsqueda de Aaron Foreman, también es cuenta suya. Aunque, claro está, si necesita ayuda, sólo tiene que pedirla por su radio utilizando la onda *Caribe*.

—Creo que no pediré ayuda a nadie… No sabemos lo que realmente puede estar sucediendo allá.

—Usted no necesita mis instrucciones para nada —susurró *mister* Cavanagh—, pero me voy a permitir darle una. Una sola, Brigitte: sea lo que sea lo que esté sucediendo allá, en Curaçao, el principal objetivo de usted es *regresar viva*. Y, a decir verdad, yo creo que debería olvidar toda esa tontería de los proyectiles atómicos, y dedicarse tan sólo, y muy prudentemente, a buscar a Aaron Foreman.

—¿Y si la desaparición de Foreman estuviese relacionada con este asunto de los proyectiles atómicos?

—Sabía que pensaría eso… —suspiró Cavanagh—. Pero piense que todo el conjunto puede ser, precisamente, una trampa mortal

para la agente Baby, que ha sido citada en esa isla. Y desde luego, no se haga muchas ilusiones respecto a encontrar con vida a Foreman. En cuanto a esa cita en el hotel Bonaire, si yo fuese usted…

Brigitte sonrió dulcemente.

—Creí que no iba a darme instrucciones, señor.

—Tiene razón… Feliz viaje…, de ida y vuelta. Simón la va a acompañar, para ayudarla con su equipaje.

—No he traído equipaje —se sorprendió Brigitte.

—Simón lo está sacando del maletero. Me he permitido… renovar un poco su vestuario de primavera. Y naturalmente, en Willemstad puede comprar cuanto guste.

—Es usted muy amable, señor.

—Lo cierto es que no sería razonable que una periodista británica viajase sólo con un maletín. Llamaría la atención, supongo. Para evitar… Perdone…

Bajo la chaqueta de Cavanagh había sonado un zumbido, y éste sacó rápidamente su radio de bolsillo, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—Señor —se oyó una voz de hombre en la radio—: ¿puedo hablar?

—Sí.

—Acabamos de recibir noticias del Sector Maracaibo, señor. El jefe de dicho Sector indica que han podido seguir el rastro de Aaron Foreman hasta Willemstad, Curaçao. En esta ciudad ocupó un apartamento, el 8, en el número 40 de la Middenweg. Ya no se sabe nada más, pero van a seguir buscando.

Cavanagh, que miraba a la muy atenta Brigitte, vio mover a ésta la cabeza en sentido negativo, y comprendió.

—Envíe esta orden al Sector Maracaibo: abandonen la búsqueda de Aaron Foreman.

—Mmm… ¿Abandonar su búsqueda, señor?

—Por completo. Que se olviden del asunto.

—Bien… Sí, señor, desde luego: cursaremos esa orden inmediatamente. ¿Algo más, señor?

—No. Voy a regresar a la Central dentro de media hora. Es todo.

Cerró la radio, la guardó, y se quedó mirando expectante a Brigitte, que asintió con un gesto.

—Me he ahorrado el contacto con los Simones de Maracaibo para preguntarles lo que supiesen de Foreman —dijo—. Tanto mejor. Gracias por interpretar mis deseos, señor.

—Sé muy bien que prefiere trabajar sola, especialmente cuando ya ha desaparecido un Simón, para no complicarles la vida a los demás. Pero no exagere. Si llega a tener dificultades, comunique con Maracaibo.

—Así lo haré… —Brigitte besó a Cavanagh en una mejilla—. Hasta la vuelta, señor.

—Amén —murmuró Cavanagh.

Brigitte salió del coche, junto al cual la esperaba Simón, con una preciosa maleta…, de color azul.

—Daría diez años dé mi vida por ir con usted —dijo Simón.

—¿Es usted un espía de Acción, Simón?

—Sí… Claro. Solamente los de Acción tenemos el privilegio de entrar en contacto con usted, por lo general. Claro que soy del Grupo de Acción; ¡caracoles!

—Entonces ¿por qué ofrece diez años de su vida? —murmuró ella—. ¿Acaso está seguro de que los vivirá?

El agente de la CIA palideció. Ciertamente, Baby no había dicho ninguna tontería.

Capítulo II

Hacia las cuatro de la tarde del día siguiente, la señorita Nora Tisdale, periodista británica, avistaba la isla de Curaçao desde la avioneta que compartía con otros pocos pasajeros que habían tomado aquel vuelo *charter* en Caracas.

Bajo las nubes, que parecían de algodón, la isla apareció de pronto, alargada, verde y roja, rodeada de intenso azul. Un hermoso lugar, que, al parecer, ni siquiera conseguían estropear las refinerías de petróleo, que, junto con las de Aruba, eran de las más importantes del mundo. Café, cacao y caña, en producción muy modesta, aunque muy adecuada para dar cierto aspecto tropical a la isla. También se fabricaba allí el famoso licor curaçao, a base principalmente de piel de naranja. Los holandeses, en general gente de buen gusto y reposado vivir, habían creado en aquella isla un pequeño paraíso…

Un paraíso donde había desaparecido un agente de la CIA, y, según la nota recibida en la Central, podían aparecer unos proyectiles atómicos.

Un paraíso donde la agente Baby había sido citada. Como en otras ocasiones, alguien recurría a ella enviando una nota a la CIA. A veces, había sido una trampa, y a veces, no.

«Espero que mi anfitrión hable algún otro idioma, además del holandés… —reflexionó—. Porque supongo que no sería interesante recurrir a un intérprete».

En Curaçao, el idioma oficial era el holandés. Pero también se hablaba el español y el inglés, y Brigitte dominaba éstos perfectamente; en especial, por supuesto, el suyo propio, el inglés. Y otros más… Pero no el holandés, ni, mucho menos, el *papiamento*, propio de los indios arawacos, los más antiguos pobladores de la isla.

—¿Me permite ofrecerle mi coche, señorita Tisdale? —preguntó de pronto, en buen inglés, su vecino de asiento.

—Es usted muy amable… —sonrió la espía—. Pero me están esperando unos amigos.

—¡Ah…! —se decepcionó el hombre—. Creí que no conocía a nadie en Curaçao…

—Sí —mintió ella—. Tengo buenos amigos. Se lo agradezco, de todos modos.

—Me hubiese gustado servirla —sonrió el hombre.

Veinticinco minutos más tarde, Nora Tisdale, cumplidas las formalidades oficiales salía del aeropuerto, con su maletín rojo con florecillas azules y su maleta azul. Por supuesto, no la esperaba nadie, pero no tuvo la menor dificultad en conseguir un taxi, que la llevó a Willemstad, verdaderamente pintoresca, tranquila, como emergiendo de un baño de sol. Calles amplias, con abundante arbolado que proporcionaba agradable sombra…

Cuando se dio cuenta, estaba delante del hotel Bonaire. Y en éste, no tuvo problema alguno para conseguir la *suite* 12, la cual tenía una estupenda terraza con vistas al mar, y comodidades suficientes para quien, como la señorita Montfort, era capaz de dormir sobre el filo de una espada si fuese necesario.

A las cinco y media, la señorita Tisdale quedaba aposentada debidamente. Pidió que le alquilasen un coche, y, en esta espera, se bañó, se puso ropas de la maleta proporcionada por *mister* Cavanagh, que por cierto eran de indudable buen gusto, y, por supuesto, de sus medidas exactas, y se sentó en la terraza, a ver el mar y a fumar un cigarrillo. A las seis y media, la llamaron desde la conserjería del hotel, para decirle, en buen inglés, que le habían alquilado el coche, y que ya lo tenía abajo; las llaves estaban a su disposición en la conserjería. Era una buena hora para bajar, y lo hizo, Recogió las llaves del coche, que un botones le señaló desde una ventana del vestíbulo: un «Dodge» del 72, muy bien cuidado, reluciente, de color granate.

Y, en fin, a las siete menos doce minutos, la señorita Tisdale entró en el bar del hotel, se sentó a una mesita, y pidió un curaçao. ¿Por qué no? Claro está, la señorita Tisdale había ocupado una mesa situada en un rincón desde el cual podía ver todo el bar, y la puerta. Y a su izquierda, tenía una ventana desde la cual veía la

avenida, todavía soleada…

A las siete y dos minutos, Nora Tisdale colocó su maletín sobre la mesa, lo abrió, sacó un cigarrillo, y comenzó a considerar la posibilidad de que tuviese que utilizar sus trucos para escapar de lo que muy bien podía ser una encerrona.

A las siete y tres minutos, un hombrecillo entró en el bar del hotel, mirando a todos lados. Debía tener unos cincuenta años, era bajito, ridiculamente melenudo, y vestía con escaso gusto y dinero. Sus ojos, pequeños y tristes, recorrieron el bar hasta que se fijaron en ella. Se quedó mirándola fijamente, parpadeando mucho, como vacilando…

Brigitte, que en San Juan se había teñido de rubia y colocado lentes de contacto que daban a sus ojos una tonalidad violeta oscuro, se preguntó si aquel hombre estaba desconcertado al verla, rubia y de ojos oscuros, cuando él esperaba, quizá, encontrar a una muchacha de cabellos negros y ojos azules. Lo cual resultaría en verdad inquietante para la seguridad de la agente Baby.

Por fin, el hombrecillo se acercó, sin dejar de mirarla.

—¿Baby? —musitó.

—Sí.

—Me llamo Gietter… ¿Recibió mi nota?

—De lo contrario no estaría aquí, señor Gietter.

—¡Sí, claro…! —el hombrecillo hablaba en inglés—. Gracias por acudir, señorita… señorita…

—Baby. Pero supongo que ya se ha enterado de que el nombre de la ocupante de la *suite* 12 es Nora Tisdale.

—Sí… Sí, sí.

—¿Le han prohibido sentarse, señor Gietter?

—¿Eh…? ¡Oh, no…! ¡Claro que no! Con su permiso —Gietter se sentó, y se quedó mirando la copa de curaçao de Nora Tisdale—. Me gustaría tomar una de ésas.

—Pues pídala… —sonrió ella, divertida—. Estoy segura de que se la servirán.

Gietter hizo una seña al camarero, señalando la copa de Nora Tisdale, mientras ésta miraba hacia la puerta, y, con discreción muy profesional, a otras mesas, asegurándose de que nadie parecía sentir un interés especial por ellos…, aparte del que parecía lógico que despertase una rubia tan bonita como ella.

—Hay una pregunta a la que usted deberá contestar, ante todo, señor Gietter —lo miró, de pronto—. Y es ésta: ¿quién le ha hablado a usted de mí?

—A decir verdad, no lo sé.

—¿No lo sabe? —alzó las cejas Baby.

—No. Mire, son cosas que pasan… Quizá leí alguna vez alguna revista que hablase de espionaje, o alguien comentó algo y yo lo oí. Pero no lo recuerdo, de veras.

Las cejas de Baby estaban ahora enarcadas.

—¿Para quién trabaja usted?

—¡Oh, para nadie…! Bueno, hasta ahora, es decir, hasta hace un par de días, estuve trabajando en una hacienda, como mozo de cuadra. Tienen muy hermosos caballos, allí…

—Espere. ¿Usted me está diciendo que no trabaja para ningún servicio de espionaje?

—¡Claro que no! —se sobresaltó el hombre—. ¡Eso sería una barbaridad!

—Casi resulta usted divertido.

—Bueno, yo…, yo quiero quinientos mil dólares.

La divina espía estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Pues lo siento, señor Gietter, pero no llevo tanta calderilla encima.

Gietter quedó, unos segundos, desconcertado. Por fin, frunció el ceño de un modo que a Brigitte le pareció cómico.

—Usted se burla de mí… —musitó—. Y yo estoy hablando muy en serio.

—Pues hablemos en serio, entonces. ¿A cambio de qué, pide usted medio millón de dólares?

—Ya lo decía en mi nota: a cambio de unos proyectiles atómicos.

—¿Los tiene usted?

—¡Claro que no! —gritó.

—Por favor, no se excite, o llamaremos demasiado la atención. Respecto a esos proyectiles, si no los tiene usted…, ¿quién los tiene?

—¿Usted quiere que yo le diga eso, sin haber cobrado?

—Señor Gietter, estamos perdiendo el tiempo. Mire usted: yo soy una persona inteligente, razonable y honesta. Con esto quiero decir que, si realmente existen esos proyectiles y yo puedo tener

acceso a ellos gracias a su información, tendrá usted sus quinientos mil dólares.

—¿En efectivo?

—En efectivo, si así lo desea.

—¿Cuándo?

—Podría ser mañana mismo.

Gietter vaciló. El camarero llegó con otra copa de curaçao, y la dejó ante él. Para cuando se retiró, el hombrecillo había tomado ya una determinación.

—¡Está bien, le diré lo que sé! Creo que son dos proyectiles de largo alcance…

—¿Cuánto alcance, exactamente?

—No sé… Quizá unas tres mil millas. Sé que fueron cargados en un barco con un pabellón venezolano que aparentemente se dedica al transporte de curaçao, y que salió hacia esta isla. Aquí, existe una rampa de lanzamiento, habilitada en un lugar donde se emprendieron unas estúpidas exploraciones petrolíferas… Yo creo que quizá esas exploraciones fueron iniciadas, hace unos meses, con el objeto de, en realidad, preparar esa rampa de lanzamiento. Actualmente, ese lugar está abandonado, pero quedó allí mucho material, que muy bien pudiera ser utilizado como torre de lanzamiento.

—¿Y cuál es ese lugar?

—No es difícil de encontrar. Está a unas cinco millas al oeste, siguiendo un camino de tierra; bueno, una carretera que no llegó a ser terminada completamente. Después de recorrer unas cinco millas hay que ir a campo traviesa, prácticamente hacia el sur… Es fácil de localizar.

Nora Tisdale asintió con la cabeza, fija su mirada en los huidizos ojos del hombrecillo.

—Supongo —murmuró—, que conoce usted a las personas que están manejando esos proyectiles, dónde están, y qué propósitos tienen.

—Mire… Me estoy arriesgando mucho en esto, señorita Tisdale… No quisiera decir nada más. Yo tengo la seguridad de que con los datos que acabo de proporcionarle, la CIA puede tomar las medidas que considere oportunas, y llegar al meollo del asunto. Pero, para entonces, yo quisiera estar bien lejos de aquí con el

dinero, porque, de lo contrario, mi vida no sería muy larga.

—¿Quiere decir que sabrían que había sido usted el delator?

—Seguramente. La verdad, estoy harto de ser un miserable mozo de cuadras que limpia y ensilla caballos para otros. Con ese dinero, podría ir a Europa, o quizá a Estados Unidos, y tener mis propias cuadras…

—Comprendo. Pero, al menos, podrá decirme usted si esas personas pertenecen a algún servicio de espionaje.

—¡Que yo sepa, no! Creo que trabajan por su cuenta.

—¿Y de dónde han podido sacar, unos particulares, nada menos que dos proyectiles atómicos?

—No lo sé. Pero los oí hablar de ellos, del barco, del lugar de lanzamiento…

—¿No sería a esas mismas personas a las que usted oyó hablar de la agente Baby de la CIA?

—No… No, no.

—¿Sabe usted el nombre del barco que transporta las piezas de esos proyectiles?

—¡Oh, sí…! ¿No se lo he dicho? Se llama *Guaneo*.

—¿Qué más datos puede proporcionarme?

Gietter reflexionó brevemente, y movió la cabeza.

—Ninguno más. ¿Acaso no tiene suficientes?

—Aparentemente, sí. ¿Dónde quiere que nos veamos para entregarle su dinero?

—¡Oh! Yo vendré aquí mañana, a esta hora, a buscarlo. Pero, señorita Tisdale, la CIA no debería intervenir directamente, hasta que yo me hubiese marchado de Curaçao con el dinero.

—Me parece lógica su prudencia —admitió Baby—. Y, personalmente, le puedo garantizar que no haremos nada hasta que usted se halle a salvo.

—Gracias… Muchas gracias. Bien, y ahora…

—Un momento, señor Gietter. Quisiera enseñarle algo —Baby sacó un sobre del maletín, y, del sobre, las fotografías de Aaron Foreman—. ¿Conoce usted a este hombre?

Gietter tomó las fotografías, y, apenas ver el rostro del desaparecido agente de la CIA, un destello brevísimo pasó por sus ojos.

—No, no le he visto nunca. ¿Quién es?

—Se llama Aaron Foreman, y es un agente de la CIA que ha desaparecido… ¡Por favor, mírelo bien!

—Ya le digo que no lo he visto nunca… Ni he oído nunca ese nombre.

—Está bien, señor Gietter. Me voy a interesar por el asunto, y si sus informaciones no son una incompresible broma, mañana tendré preparado el dinero para usted, y demoraré mis decisiones hasta que haya abandonado la isla. Mientras tanto, espero que no cometa usted ninguna imprudencia.

—Por la cuenta que me tiene, iré con mucho cuidado… ¡Adiós, señorita Tisdale!

—¡Adiós!

El hombrecillo se puso en pie, y se dirigió a la salida del bar. Nora Tisdale se quedó sentada, terminando de saborear su copa de curaçao. Por la ventana del bar, lo vio salir a la calle, y mirar a todos lados, con visible inquietud. Comenzó a caminar, alejándose, y cuando Baby se disponía a salir para seguirlo, aparecieron los dos hombres, por detrás de Gietter, colocándose uno a cada lado. La espía quedó a medio incorporarse, presenciando el sobresalto del hombrecillo, su veloz giro de cuello, su mueca de miedo. Pareció a punto de echar a correr, pero uno de los sujetos, mucho más alto y fuerte que él lo asió de un brazo, y murmuró algo. Gietter estaba rígido. El otro señaló con la barbilla, y reanudaron la marcha.

Baby dejó un billete sobre la mesita, y salió rápidamente del bar. Cuando salió a la calle, todavía pudo ver a los tres hombres, alejándose calle arriba. Tras breve vacilación, corrió hacia el coche recién alquilado, se metió dentro, y lo puso en marcha, Al aparecer en la esquina, pudo ver, justo a tiempo, cómo los tres hombres acababan de entrar en un coche allí estacionado. El coche se puso en marcha inmediatamente.

Y tras ellos partió Baby, sonriendo fríamente. ¿Con quién pensaban que estaban jugando? ¿Con una estúpida principiante?

«Si todo esto es un divertido juego para cazar a Baby estáis listos, amiguitos…», pensó.

Resultaba que, además de lo poco creíble que era el hecho de que dos proyectiles atómicos fuesen a ser emplazados en la isla, no se le había escapado la expresión de Gietter al ver las fotografías de Aaron Foreman. Estaba segura de que, al menos en esto, Gietter

había mentido. Conocía a Foreman.

El coche perseguido salió pronto de Willemstad, hacia el sudeste, y Baby continuó detrás, pero a una distancia debidamente prudencial, y mirando con gran atención a los lados de la carretera, por si la trampa estaba preparada allí.

Pero, al parecer, no había trampa alguna. En un momento dado, el coche salió de la carretera, metiéndose entre los árboles, hacia el mar, con visibles dificultades. Hacia el Oeste, el sol estaba desapareciendo rápidamente por el mar, con una gran estridencia de colores rojo y morado. La oscuridad llegaría en pocos minutos.

«No me gusta esto —reflexionó—. No me gusta nada».

—Desde luego, por allí no se podía ir más que al mar o a alguna casa construida cerca de él. De un modo u otro, el resto del trayecto no podía ser muy largo. Así que decidió dejar el coche escondido, y seguir a pie. El «Dodge» era demasiado visible, y en cambio, ella, a pie, podía esconderse, camuflarse de tal modo que, si aquello era una trampa, no sería ella la sorprendida, precisamente.

Metió el coche entre unos altos arbustos, y a pie recorrió la corta distancia hasta encontrar las rodadas del otro coche. Siempre escondiéndose detrás de árboles y arbustos, fue siguiendo las rodadas, acercándose al mar…

Y de pronto, vio el coche.

Estaba detenido junto a unos árboles. Junto a él, muy cerca de las rocas que formaban la costa, vio a varios hombres… En seguida reconoció a Gietter, y a los otros dos. Había otro más… Y otro. Cuatro en total. Es decir, los dos que habían apresado a Gietter, el que conducía el coche, y otro más, que, al parecer, había estado esperando allí.

Uno de estos dos que antes no había visto, golpeó a Gietter en pleno rostro, en aquel momento. El hombrecillo cayó de espaldas, se puso rápidamente en pie, y echó a correr tierra adentro. Entonces, el que le había golpeado, sacó una pistola, apuntó a su espalda, y disparó.

No se oyó nada, pero Baby vio el reducido fogonazo, miró a Gietter, y lo vio caído de bruces en el suelo, haciendo esfuerzos por ponerse en pie, vuelta la cabeza hacia su asesino…, que en aquel momento volvía a disparar. La cabeza de Gietter se abatió, y el hombrecillo quedó inmóvil, hundido el rostro en la tierra.

Un lento parpadeo ocultó, por un instante, los ojos de Baby, que tenía la pistolita en la mano. Había llegado unos segundos tarde, pero de todos modos…, ¿habría sido prudente intervenir? El hombre que había disparado, un pelirrojo alto y atlético, miraba a todos lados, como temiendo que alguien hubiese podido verle. Los demás miraban el caído cuerpo de Gietter…

De pronto, el pelirrojo se guardó la pistola, y señaló hacia el mar. Los dos hombres que habían cazado a Gietter a la salida del hotel, caminaron hacia el hombrecillo. Cada uno lo asió por un tobillo, y lo arrastraron hacia la costa rocosa, desde donde lo enviaron al mar con un seco gesto.

Luego, los cuatro se metieron en el coche, que partió en seguida, de regreso al camino.

Cuando se perdió a lo lejos el zumbido del motor, Baby permanecía inmóvil, mirando hacia el mar. Estaba oscureciendo rápidamente. Se preguntó si valía la pena lanzarse al agua en busca de Gietter, que, seguramente, estaba muerto.

Y todavía no había tomado una decisión cuando, muy terca del lugar donde habían disparado contra el hombrecillo, apareció la muchacha. Con veloz gesto, Baby se encogió, y sus ojos, entornados, quedaron fijos en el nuevo personaje, que, evidentemente, había estado escondido muy cerca, presenciando lo ocurrido… La muchacha corrió hacia las rocas, y una vez allí se quedó vacilante, en el borde, durante unos segundos. Luego, comenzó a descender por ellas.

La espía más astuta del mundo permaneció todavía inmóvil en su escondrijo, reflexionando, fruncido el ceño. Por fin, comenzó a caminar hacia allí, dispuesta a disparar a la menor señal de alarma.

Pero nada sucedió. Llegó sin contratiempo alguno a las rocas, y miró hacia abajo. La muchacha estaba allí, a unos cuatro metros abajo, y pugnaba por colocar el cadáver de Gietter sobre una roca… El mar llegaba con suavidad, para convertirse en espuma al estrellarse centra las rocas.

De pronto, alzó la cabeza, y vio a Baby, de pie en el borde rocoso, mirándola. Los ojos de la muchacha se abrieron, asustados. Sus manos soltaron las ropas del cadáver…

—No se asuste —dijo Baby—. La ayudaré a sacarlo.

Dejó las ropas, los zapatos y el maletín en la roca, y se introdujo

la pistolita en los sujetadores, entre los senos. Así ataviada, sólo con las dos prendas íntimas, descendió ágilmente por las rocas hasta llegar junto a Gietter y la muchacha, cuya expresión era angustiada.

—¿Quién…, quién es usted? —le pareció a Baby, que preguntaba.

—Lo siento —dijo en inglés—: no hablo holandés.

—Yo… yo hablo inglés —la muchacha miró a Gietter, y de pronto rompió a llorar—. ¡Lo han matado! ¡Está muerto, lo han…!

—Cálmese. Vamos a subirlo. Quizá aún esté vivo. Ayúdeme a cargarlo en mis hombros.

Sin dejar de sollozar, la muchacha obedeció. Y, para su gran pasmo, en cuanto Baby tuvo el cadáver en los hombros, no necesitó su ayuda para nada más. Subió por las rocas cargada con el hombrecillo, y lo depositó con cuidado en el suelo…, a pesar de que sabía ya, que el menudo Gietter jamás podría disfrutar de una cuadra de propiedad. Ni de nada.

La muchacha se había arrodillado junto a ella rápidamente, pero la espía movió negativamente la cabeza.

—Está muerto —musitó.

—¡Oh, Dios mío…!

—¿Lo conoce usted? —provocó Baby una explicación.

—Es… es mi padre…

Baby bajó rápidamente la mirada.

—Lo siento… —murmuró—. Vi cómo lo metían en un coche, y lo seguí, pero no pude llegar a tiempo de impedir que lo matasen. A decir verdad, no confiaba en su padre, señorita Gietter. ¿Cómo llegó usted aquí? —se sorprendió, de pronto.

—Yo… yo seguí a Plank. Estaba en la hacienda, y le oí hablar con Sweigger. Hablaban de mi padre. Plank dijo que los muchachos habían salido tras él, y que los iba a esperar en un sitio discreto para pedirle una explicación a mi padre… Seguí a Plank. El vino aquí, y se puso a esperar. Luego, llegaron Laennec, D’Arsonval y Moissan, con mi padre… Estaba asustada, no podía moverme. Y aún me asusté más, al ver que le pegaban…

—¿No oyó usted lo que hablaban?

—Le preguntaban —la muchacha abrió mucho los ojos—. ¿Es usted la mujer que estuvo hablando con mi padre en el Bonaire?

—Sí.

—Plank y los otros querían saber quién era usted, y qué le había dicho mi padre.

—Entiendo. ¿No oyó si pensaban ir ahora en mi busca al hotel?

—No… No dijeron nada de eso. No lo sé… ¡Oh, debí salir cuando le dispararon, y quizá al verme a mí…!

—Mucho me temo que si hubiese salido de su escondrijo estaría tan muerta como su padre, señorita Gietter. Comprendo que ha debido ser terrible para usted presenciar lo sucedido, pero no podía hacer otra cosa: habría sido un suicidio.

—No… Es que no… no podía moverme…

—Tranquilícese. Tengo el coche cerca, así que podemos llevar el cadáver de su padre donde usted me indique. Entiendo que él trabajaba en una hacienda… ¿Está cerca?

—Sí… Apenas a media milla de aquí, siguiendo el camino que… ¡No puedo llevarlo allí! —gritó—. ¡Han sido ellos quienes lo han matado, y si me ven llegar con el cadáver…!

—La matarían también, desde luego. Bien, yo no sé qué decirle, no conozco a nadie en la isla… Pero desde luego, no podemos dejar a su padre aquí. ¿Tiene usted amigos fuera de la hacienda?

—Sí… Sí, claro, sí…

—Quizá ellos puedan ayudarla. Pero tenga en cuenta una cosa: en cuanto esos hombres sepan que usted tiene el cadáver de su padre, comprenderán que los vio arrojarlo al mar, y antes, matarlo a balazos… Ya sé que no parece muy razonable lo que voy a decirle, pero… convendría mantener oculto el cadáver, o bien, enterrarlo secretamente. Lo contrario pondría en peligro su vida.

—Sí, sí, lo… lo comprendo, sí… Claro… ¡Pero ocurre que no sé qué hacer!

Baby se incorporó, recogió sus ropas, y se las puso, lentamente, pensativa, dejando la pistolita entre sus senos…

—Sólo se me ocurre lo que le he dicho: recurra a sus amigos, y entierren en secreto a su padre. Lo de mantenerlo oculto sería… triste y desagradable, en este clima.

—Pero no… no puedo… enterrarlo así, como… como si fuese… un perro…

—Comprendo sus sentimientos… —musitó Baby—. Pero su padre ya está muerto, y no creo que le ayude en nada el que a usted la maten también… ¿Cuál es su nombre?

—Julius…, Julius Gietter…

—El de usted.

—¡Oh…! Erika… Erika.

—Pues bien, Erika: hay que tomar una decisión. ¿Sabe conducir?

—Sí.

—Ayúdeme a llevar a su padre al coche. Luego, iremos hacia Willemstad, y yo me apearé antes de llegar. Usted siga con el coche hasta donde pueda encontrar amigos de confianza, y entierren, aunque sea provisionalmente, a su padre. ¿Le parece bien?

—No sé… Sí, sí… Pero ¿y el coche?

—Deje un recado para mí en el hotel Bonaire, indicándome dónde puedo pasar a recogerlo. También sería conveniente que me dijese dónde se oculta usted, para que pueda buscarla cuando todo esto haya terminado.

—Bien… ¿Estará usted en el hotel?

—Claro que no —negó Baby—. Sin embargo, ante cualquier cosa que tenga que decirme, dé allí el recado. Yo iré llamando periódicamente. ¿De acuerdo?

—Sí… ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Me temo que ninguna otra cosa. Espere… Antes de volver a mi coche voy a echar un vistazo.

Baby se alejó, ya oscurecido, hacia donde había dejado el coche. Regresó, diez minutos más tarde, y encontró a la muchacha sentada junto a su padre, con las piernas cruzadas. Erika Gietter alzó la cabeza, y la espía vio las lágrimas en sus ojos.

—Todo está bien… —murmuró, desasosegada—. Ayúdeme.

Tomó el cadáver por los sobacos, y Erika lo hizo por los pies. Llegaron adonde estaba el coche, y colocaron a Julius Gietter en el asiento de atrás, tendido. Solamente se oía el rumor del mar contra las rocas.

—Será mejor que conduzca usted… —dijo Baby—. Y quizá sería conveniente que me explicase lo que está pasando.

—¡Pero si yo no lo sé…!

—Su padre me facilitó una información por la que pedía quinientos mil dólares, Erika. Si usted…

—¡Quinientos mil dólares! —exclamó Erika.

—Sí. La información se refería a unos proyectiles atómicos. ¿No sabe nada de eso?

En la oscuridad, Nora Tisdale vio los ojos muy abiertos de la muchacha. Movió la cabeza, y la llevó hasta el volante. Se sentó a su lado, y señaló hacia delante.

—Ante todo, déjeme cerca de la ciudad. ¿Está segura de que no ha oído nada sobre unos proyectiles atómicos?

Erika puso el coche en marcha, conduciendo por entre los árboles, iluminando el camino con las luces cortas…

—No, no… ¡Dios mío, claro que no!

—Su padre mencionó un barco matrícula venezolana llamado *Guarico*. ¿Tampoco…?

—¡Ese barco es del señor Van Heroultz!

—¡Ah! ¿Y quién es el señor Van Heroultz?

—El dueño de la hacienda donde trabajaba mi padre… Y yo también. En ese barco transporta curaçao al continente. El señor Van Heroultz se dedica a eso hace tiempo; es millonario… Tiene una hermosa hacienda, muy cerca de aquí. Mi padre cuidaba sus caballos. Tiene una docena, muy hermosos… ¡Oh!, pero el señor Van Heroultz no puede… no puede tener nada que ver con la muerte de mi padre. Lo aprecia… lo apreciaba mucho, decía que cuidaba mejor que nadie sus caballos. Y conmigo siempre es muy amable también, me hace pequeños regalos… ¡El señor Van Heroultz no puede haber hecho nunca nada malo!

Nora Tisdale volvió la cabeza, y estuvo unos segundos mirando atentamente a la muchacha. Debía tener poco más de veinte años, y era muy bonita… Se preguntó cómo debía ser Van Heroultz.

—¿Está usted enamorada de él? —sonrió.

—¡Oh! Yo… No, no… Bue… bueno, él…, él es siempre tan… tan gentil…

—Entiendo… —contuvo Baby su sonrisa—. Bueno, vamos a suponer que, en efecto, el señor Van Heroultz no ha podido tener nada que ver con esto. Pero usted estaba en su hacienda cuando oyó a unos hombres llamados Plank y Sweigger hablar de su padre. ¿Quiénes son estos dos hombres?

—Othmar Plank y Jan Sweigger son empleados del señor Van Heroultz. Bueno, capataces, o algo así.

—¿Y estos dos caballeros tienen acceso al barco *Garleo*?

—Claro. Uno de ellos es el encargado de los transportes, y el otro de las destilerías de licor.

—Ya. Mencionó usted otros tres nombres: D'Arsonval, Moissan y Laennec… ¿Quiénes son?

—Empleados corrientes de la hacienda… Mi padre siempre… siempre decía que debían ser muy amigos de Plank y de Sweigger, porque trabajan muy poco. Bueno, son hombres… poco agradables…, ¡tan diferentes del señor Van Heroultz!

—¿Suelen estar en la hacienda?

—Casi siempre… Plank y Sweigger casi siempre están en la casa, y los demás, viven en un pabellón que el señor Van Heroultz hizo construir para el servicio de la hacienda, cerca de las cuadras. Mi… mi padre y yo vivíamos ahí.

Baby asintió con la cabeza, fija la mirada en la carretera por la que circulaban ahora.

—¿Le parece a usted que Plank y Sweigger podrían… utilizar el *Guarico* para asuntos que el señor Van Heroultz ignorase?

—¿Quiere decir… contrabando, o algo así?

—Sí, algo parecido.

—Sí… Desde luego que podrían hacerlo, sí. Claro… —la muchacha respingó—. ¿Cree usted que ellos están utilizando el barco para… para transportar esos proyectiles…?

—Erika, le voy a pedir un grandísimo favor… Cuando usted llegue a casa de sus amigos, dígales que confíen en usted, y que no hagan preguntas. Y por nada del mundo mencione usted esos proyectiles, ni el barco *Guarico*, ni nada… Nada de nada, ¿comprende?

—Pero me harán muchas preguntas…

—Insista en que deben confiar en usted, por amistad, y que pronto podrá darles una explicación. Pero no diga nada más hasta que yo la autorice… Si hablase, piense que sus amigos también estarían en peligro. La discreción mayor es la que tiene uno mismo: si usted no dice nada, nadie podrá hablar de esto.

—Sí… Lo tendré en cuenta. ¿Qué va a hacer usted, ahora…? —Erika se sorprendió, de pronto—. ¿Y quién es usted?

—Me llamo Nora Tisdale. A ese nombre, deberá dejar sus recados en el hotel. Pero no se acerque a él por nada del mundo. Por lo demás, yo también voy a pedirle que confíe en mí.

—¿Y me dará medio millón de dólares? —preguntó, incrédulamente, Erika.

—Su padre los ganó para usted… —musitó Baby—. Y yo siempre pago. Pare. Voy a apearme aquí mismo. No se pasee con el coche por la ciudad, pues quizá se hayan fijado en la matrícula. Una vez utilizado, escóndalo.

Erika Gietter detuvo el coche, y se quedó mirando a la espía.

—¿Adónde irá usted, ahora? —preguntó.

—Tengo cosas que hacer… Hasta la vista, Erika. Siga… ¡Oh, un momento…! ¿Le suena el nombre de Aaron Foreman?

—¿Foreman? No. ¿Quién es?

Baby le mostró las fotografías, mirando con gran atención a Erika. Pero había muy poca luz allí, y, además, le pareció que Erika no mentía cuando movió negativamente la cabeza.

—No… No le conozco. Claro que aquí hay poca luz…

—Déjelo. Si lo hubiese visto antes, lo habría conocido. ¡Adiós!

Se apeó, cerró la portezuela, y retrocedió un par de pasos. Erika Gietter siguió adelante con el coche, y la espía internacional, tras esperar a perder de vista las luces rojas de atrás, continuó a pie hacia Willemstad.

Capítulo III

El conserje del edificio de cuatro pisos destinados a apartamentos, en el número 40 de la Middenweg, era un mulato de aspecto cansadísimo, pero de muy buen talante, e incluso simpático. Miraba con amable sonrisa a la anciana que, casi a las once de la noche, le había despertado de su sueño pulsando desde la calle el timbre que zumbaba en su vivienda.

La había escuchado con gran atención, pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Español podemos entendernos quizá. No hablo inglés yo.

La anciana de blancos cabellos y negras ropas, que llevaba un maletín también negro, le contemplaba críticamente a través de los redondos cristales de sus lentes.

—Yo no hablo holandés, pero sí español —dijo, en este idioma.

—Yo hablo español poco bien, sí —sonrió el mulato.

—Le estaba diciendo que vengo a esperar al señor Foreman en su apartamento.

—¡Ah! —el mulato abrió mucho los ojos—. No. El yanqui no está dentro, arriba…

—Ya lo sé. Está en una clínica de la ciudad. Yo soy su madre, y me avisaron de que había tenido un accidente. He estado a verlo en la clínica, pero no me dejan dormir allá. Aaron está mejor, y me ha dicho que podía esperarlo en su apartamento. Pero en el accidente perdió las llaves… ¿Podría usted abrirme?

El mulato ponía, ahora, cara de entenderlo todo.

—Yo a la policía avisé de que yanqui no venía muchos días…

—Ya está arreglado con la policía. —Sonrió la anciana—. Sólo quisiera descansar un poco.

—Sí —sonrió el conserje—. Yo le abriré la puerta a la señora. Espere las llaves.

Las tomó de un tablero de pared, y señaló las escaleras, tras

encender la luz. Sonrió, como disculpándose por el hecho de que no hubiese ascensor, pero, ciertamente, la anciana no se fatigó en absoluto por subir un solo piso. Llegaron ante la puerta del apartamento 6, y el mulato la abrió. Ni por asomo se le ocurrió pensar que aquella dama pudiese estar engañando a una buena persona como él. Además, ¿para qué? ¿Qué ganaría con ello?

—¿Estuvo aquí la policía? —preguntó la dama, ya dentro del apartamento.

—Sí estuvo. Miraron y se fueron. Dijeron a mí, que si volvía yanqui yo llamase a la policía por teléfono.

—Claro… Bueno, no se preocupe por eso, ya le digo que todo está arreglado… ¿No vino nadie más preguntando por mi hijo?

—Sí… Dos hombres. Yo creer que también son yanquis… Preguntan por el yanqui, se van, y ya no vuelven. Yo siento mucho accidente de su hijo, señora.

—¡Oh, se pondrá bien! Pero, claro, claro, todos estos días lo ha pasado bastante mal, hasta que, por fin, se recuperó y pudo pedir que me avisasen a Maracaibo. ¿Me entiende usted?

—¡Oh, sí! —sonrió el simpático mulato—. Entiendo todo muy bien, sí, señora. ¿No equipaje?

—No… —sonrió encantadoramente la anciana—. No equipaje. Lo dejé en la clínica. Mañana, o pasado, iré a buscar a mi hijo, y vendremos los dos aquí… ¿Alguien más preguntó por él?

—No, no.

—¿Sólo la policía, que usted avisó, y dos hombres, que también parecían yanquis, como mi hijo y yo?

—Sí, ésos sólo.

—Bien… Muchas gracias. Tenga —le tendió un billete de cien dólares—: para que se compre un diccionario de español.

El mulato abrió mucho los ojos contemplando el billete. Luego, lo hizo desaparecer en un bolsillo, riendo simpáticamente, luciendo su formidable dentadura blanquísima.

—La señora, si necesita algo, me llama por teléfono interior. Yo despierta y sube corriendo.

—Muchas gracias —rió la anciana.

—*Thank you very much* —rió de nuevo el mulato.

Dejó las llaves del apartamento y del vestíbulo sobre una mesita, y salió. La anciana se acercó a la puerta, y aplicó el oído a la

madera. Oyó perfectamente los pasos del mulato, descendiendo. Entonces, sin hacer el menor ruido, cerró con llave. Se volvió, contemplando, críticamente, lo que podía ver del apartamento. Tras recorrerlo lentamente, sabía que tenía un solo dormitorio, el pequeño recibidor, un saloncito con terraza, y la cocina y el cuarto de baño. No estaba nada mal, desde luego.

En primer lugar, concentró su atención en el dormitorio. El armario contenía ropas de Aaron Foreman, bien colocadas y colgadas. No mucho equipaje, desde luego. Zapatos, camisas, ropa interior, un par de trajes… Todo ello daba una idea de que había ido a Curaçao con intención de permanecer allá algunos días, no simplemente a realizar una gestión y regresar a Maracaibo. Sólo que, fuera lo que fuese lo que hubiera impulsado a Aaron Foreman a hacer aquel viaje, no estaba relacionado con la CIA, la cual ignoraba que Foreman hubiese ido a Curaçao. Es decir, que el espía había ido allá por su cuenta, para resolver algún asunto que, en principio, podía considerarse como particular, privado.

Y allí, en Willemstad, había desaparecido.

Todo lo que quedaba de él eran sus ropas. Nada más. En el apartamento no había micrófonos, ni armas, ni equipo de ninguna clase del que podría considerarse usual en un agente secreto. Nada. Sólo sus ropas, limpias, bien colgadas unas, bien ordenadas las otras… Ni siquiera se habían cambiado una sola vez. Llegó, y con la ropa puesta, tras colocar la otra en el armario, desapareció.

La maleta estaba en la parte alta del armario, y la anciana la bajó, colocándola sobre la cama. Una anciana que, por cierto, se movía con una agilidad asombrosa…

Abrió la maleta, y la estuvo examinando con gran cuidado, pasando los finos deditos por toda su superficie exterior e interior, dando golpecitos… Nada. No había doble fondo en la maleta. Volvió a colocarla en su sitio, y se volvió hacia el centro del dormitorio, con las manos en la cintura, fruncido el ceño.

—Nada de nada —musitó—. Llega y desaparece. Podríamos resumirlo todo en dos preguntas. Primera: ¿por qué vino a Curaçao? Segunda: ¿dónde está, ahora? Y quizá podría añadir una tercera pregunta: ¿está vivo o está muerto?

Cuando la anciana miró su relojito de platino y brillantes, era ya la una y media de la madrugada. Quedó pensativa unos segundos,

y, finalmente tomó una decisión: se desnudó completamente, dejando al descubierto un cuerpo dorado y bellísimo y una larga cabellera rubia que apareció bajo la blanca peluca, Sin duda, al simpático conserje se le habrían saltado los ojos de las órbitas si hubiese podido ver a la anciana, en aquel momento.

Estaba a punto de tenderse en la cama cuando frunció el ceño una vez más.

Fue al saloncito, y encontró el listín telefónico.

«Debe estar por Van o por Heroultz», pensó.

Localizó el nombre en pocos segundos: Nikolaus van Heroultz. Tomó buena nota del número de teléfono, se acostó, y en un instante quedó profundamente dormida, tras repetirse esta pregunta: ¿cómo sería el tal Nikolaus van Heroultz?

Nikolaus van Heroultz era un hombre alto y esbelto, de cabellos muy rubios, y ojos azules muy claros. Debía tener cerca de cuarenta años, y resultaba extraordinariamente atractivo. Vestía con elegancia, tenía unos modales impecables, un rostro inteligente y honrado, y una sonrisa tan cordial, tan amistosa, que el hecho de que todo el mundo se considerase amigo suyo en Curaçao no resultaba en modo alguno sorprendente.

Así que, mientras recorría el paseo marítimo en su pintoresco vehículo, Nikolaus van Heroultz tenía que ir contestando gran cantidad de saludos, ocasión que aprovechaba para lucir su agradabilísima sonrisa.

Ciertamente, la Willemstad de años atrás había desaparecido casi completamente, por culpa de las malditas refinerías de petróleo, pero, algunas personas, entre ellas Van Heroultz, seguían resistiéndose a ello. Así, continuaba utilizando el precioso calesín adornado con un toldo de colores y tirado por un reluciente caballo, para sus paseos. Pintoresco, agradable, y, en verdad, una nota simpática en una ciudad donde el petróleo había roto toda nota romántica…

Debían ser las once menos un par de minutos cuando Nikolaus van Heroultz detenía su calesín muy cerca del café-bar Gravenhague, que tenía una bonita terraza adornada con flores, cara al mar. A las once menos un minuto, Nikolaus llegaba a la terraza. A las once en punto, tras saludar a varias personas, se hallaba instalado en una de las mesitas, mirando su reloj de pulsera,

muy satisfecho de su puntualidad.

Sí, señor: las once en punto.

Encendió un estupendo veguero, y echó el humo hacia el cielo radiantemente azul, pese a las refinerías. ¡Al demonio con ellas! Un camarero se acercó, pero Nikolaus le hizo señas de que esperase, y volvió a mirar su reloj. Frunció el ceño. Ya eran las once y tres minutos, y puesto que él era puntual…

—¿Qué hora es, por favor? —oyó a su izquierda, en inglés.

Van Heroultz se volvió, contempló amablemente a la anciana y elegante dama que ocupaba la cercana mesa, y dijo:

—Las once y tres minutos, señora.

—Muchas gracias… ¿Es usted inglés?

—Holandés —sonrió Van Heroultz.

—¡Oh…! Pues habla muy bien el inglés, señor.

—Mucha gente habla bien el inglés por estos lugares —accedió Nikolaus.

—Sí, es cierto… Ayer mismo conocí a un hombrecillo que también lo hablaba bastante bien. Se llamaba Julius Gietter.

Van Heroultz se atragantó con el aromático humo del formidable veguero, y comenzó a toser… La anciana se puso en pie, presurosamente, y se le acercó, solícita.

—¿Se encuentra usted bien, señor? —se interesó.

Nikolaus dejó de toser, y se quedó mirando a la anciana, que le contemplaba con regocijo.

—¿Usted… usted es… la persona que me ha citado por teléfono? —tosió Van Heroultz.

—¿Cómo dice, señor? —sonrió deliciosamente la anciana—. Me parece que voy a pedirle un vaso de agua. Se ha atragantado usted, y es muy malo… Santo cielo: ¿Cómo se pide un vaso de agua en holandés, o en *papiamento*…?

—Déjelo… —masculló Nikolaus—. Déjelo, ya me encuentro bien.

—No sabe cuánto me alegro, señor… ¿Me permite sentarme unos minutos con usted?

—Sí… Sí, sí, siéntese. Se lo ruego.

—Gracias —la anciana acercó una silla y se sentó, mirando ahora con fría fijeza a Van Heroultz—. Espero no molestarle, ya que creo haber entendido que tiene usted una cita.

—Sí —Van Heroultz se había recuperado ya de la indigestión de humo—. Y creo que debe usted dejar ya las bromas, señora.

—No le comprendo.

—¿No fue usted quien me citó?

—No, no… Si acaso, mi nieta.

—¿Su… nieta?

—Sí. Verá usted, señor Van Heroultz: cuando hay alguna cosa bastante importante que resolver, mi nieta me lleva siempre consigo. Desde luego, como usted comprenderá, hay cosas que yo no puedo hacer, pues mis viejos huesos no responden. ¡Oh, Santo Dios, y menos responden aún mis músculos…!, si es que puede llamarse músculos a lo que queda en mi cuerpo. No, no… Hay cosas que son de la exclusiva competencia de mi nieta. Sin embargo, una vieja veterana como yo, puede resolver con mejor acierto otras cuestiones.

—¿Qué cuestiones?

—Pues… ¿Cómo se lo explicaría? Supongamos que mi nieta, una muchacha joven, rubia, muy bonita, llena de vitalidad y salud, le llama a usted por teléfono esta mañana, hacia las nueve, y le dice que lo espera a usted aquí a las once…

—Eso es exactamente lo que ha ocurrido —comenzó, a sonreír, el holandés.

—¿De veras? Bueno, pues ya no es suposición, sino un hecho cierto. Entonces, usted le dice a mi nieta que sí, que muy bien, que a las once en punto estará en el Gravenhague porque, naturalmente, está deseando saber qué es lo que mi nieta tiene que decirle sobre Julius Gietter, su barco *Guarico*, y otras cosas a cuál más importante. Y usted, que es todo un caballero, acude puntualmente a la cita. Pero, resulta que mi nieta es una jovencita desconfiada, y me llama. «Abuelita —me dice—, he quedado citada con un señor, pero no confío en él, porque tiene empleados que son muy malos. ¿Por qué no vas a echar un vistazo por el Gravenhague, no sea que ese señor, que se llama Nikolaus Van Heroultz, se presente con esos empleados que tienen muy mala sangre?». Así que yo, que soy una abuela complaciente, vengo aquí, y me dedico a mirar muy bien. Y llega el señor Van Heroultz, aparentemente solo y en son de paz. Por más que miro a mi alrededor —la anciana hizo describir a sus ojos un velocísimo círculo—, no veo peligro alguno para mi nieta.

Eso quiere decir, que usted es un hombre en quien, de momento, se puede confiar.

—Muchísimas gracias —rió Van Heroultz, ya repuesto del atragantamiento de humo y de la sorpresa—. ¿Debo entender que, ahora, vendrá su nieta?

—Pues… no. No, señor Nikolaus, porque yo he llegado a una conclusión hace tiempo: contra una muchacha joven que tiene un aspecto digamos… peligroso, cualquiera es capaz de disparar, desde dentro de un coche, o desde un tejado… Cosas así, ¿comprende? En cambio, contra una anciana, casi nadie se atreve a disparar. ¿Para qué, pobrecilla, si el día menos pensado se va a despertar muerta en su cama?

El holandés volvió a reír, ahora con más ganas todavía.

—Es usted muy simpática, señora —afirmó—. ¡Muy simpática! Y la verdad, no me imagino a nadie *despertándose muerto*.

—Es una genialidad mía… —aceptó la anciana—. ¿Usted sería tan amable de invitarme a refresco de naranja, señor Nikolaus?

—¿No preferiría un curaçao?

—¡No! No, por favor; estoy hasta las cejas de curaçao y de olor a petróleo. Refresco de naranja. Y digo de naranja, señor Nikolaus, no de esas naranjitas que tienen ustedes para hacer el curaçao.

—¿De verdad no va a venir su nieta?

—De verdad.

Van Heroultz hizo una seña al camarero, que acudió a toda prisa. Le pidió dos refrescos de naranja puros, y se quedó mirando a la anciana, que comentó:

—Desde luego, aunque soy viejecita tengo muchos y muy buenos amigos que me aprecian muchísimo, señor Nikolaus. Eso quiere decir que si, por ejemplo, ahora alguien me matase disparando con un rifle desde considerable distancia, usted no me sobrevivirá, ¿comprende?

El holandés palideció ligeramente.

—No muy bien, pero lo suficiente. Interpreto que alguno de esos amigos suyos me está apuntando, ahora mismo, con un rifle al pecho…

—No. Al pecho, no. A la cabeza, señor Nikolaus. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Pues porque usted puede ser un hombre muy fuerte, que después de recibir un balazo en el pecho, pueda conservar la vida. En cambio, si le saltan media cabeza de un disparo, pues…, ¡adiós, Nikolaus!

—Señora: ¿qué es lo que quiere usted de mí?

—Yo no: mi nieta.

—Muy bien, su nieta. ¿Qué es lo que quiere su nieta?

—Usted tiene dos hombres que trabajan para usted llamados Jan Sweigger y Othmar Plank. Algo así como capataces, o secretarios…

—Sí.

—Y otros tres llamados D'Arsonval, Laennec y Moissan.

—Sí.

—Y un barco llamado *Guarico*.

—Sí.

—Bueno. Pues esos cinco hombres están utilizando su barco para transportar un par de proyectiles atómicos.

Nikolaus van Heroultz se quedó mirando a la anciana como si ésta acabase de decirle que, cada noche, el sol brilla espléndidamente.

—¿Está usted loca? —farfulló.

—No. Soy de la CIA. Lo cual, más o menos, viene a ser lo mismo, a juicio de algunos.

—¿Usted es una agente de la CIA?

—Sí.

—¿Y me está diciendo que mi barco está siendo utilizado para transportar proyectiles atómicos?

—Sí.

El camarero llegó con los refrescos. Van Heroultz sorbió un poco del suyo, por medio de la pajita, y luego se pasó una mano por la cara.

—Vamos a ver, vamos a ver… ¿Usted… o su nieta me han citado aquí para decirme eso?

—Sí.

—¿Y qué esperan que yo haga?

—Sus reacciones pueden ser muchas, señor Nikolaus; a negarlo todo, a decir que no sabe nada, y, por supuesto, estar dispuesto a colaborar con la CIA en el esclarecimiento de este asunto, en cuyo caso, evidentemente, no deberá temer nada de nosotros.

—No sé si usted se da cuenta de que está en tierra extranjera, señora.

La anciana le miró, estupefacta.

—¿Y qué? —deslizó—. La CIA no necesita nacionalizarse para hacer lo que le venga en gana, señor mío.

—¿Qué clase de colaboración esperan ustedes de mí?

—¿Cuándo llega su barco, desde Venezuela?

—Llegó anoche.

—¿El *Guarico* llegó anoche? —entornó los ojos la anciana.

—Sí.

—¿Estaba usted esperándolo?

—¡Claro que no! —gruño Van Heroultz—: tengo muchos empleados a los que pago bien, así que no tengo por qué ocuparme personalmente de la carga o descarga de mi barco.

—¿A qué se dedica usted habitualmente?

—Tomo el sol, monto a caballo, nado, y cada vez que es necesario, me ocupo de mis asuntos…, que desde luego no tienen nada que ver con proyectiles atómicos.

—Eso es lo que yo llamo una buena y agradable vida. Dice que su barco llegó anoche… Muy bien: ¿está todavía en el puerto?

—¡Claro! Hoy será cargado, y esta tarde zarpará hacia Maracaibo, con un nuevo cargamento de curaçao, para llegar mañana por la mañana… ¡Oh, vamos!: ¡usted debe saber eso, perfectamente!

—Según entiendo, en su barco ya no hay carga alguna.

—Por supuesto que no.

—Sería una estupidez por mi parte ir allá a comprobarlo… Estoy segura de que eso es cierto. ¿Sabe usted que el hombre llamado Othmar Plank mató, ayer noche, a Julius Gietter?

Van Heroultz se quedó mirando, entre atónito e irritado, a la anciana.

—Usted no sabe lo que dice —gruñó.

—Mi nieta lo vio con sus propios ojos.

—Su nieta, señora, debió ver visiones. Hace tiempo que Othmar trabaja para mí, y estoy seguro de que no sería capaz de matar a nadie.

—Pues lo hizo. Estaban él, D'Arsonval, Laennec y Moissan… Maltrataban a Julius Gietter. Éste echó a correr. Entonces, Plank

sacó una pistola con silenciador, y asesinó por la espalda a Gietter.

—Absurdo.

—También vio eso mismo la hija de Gietter.

—¿Erika? Vamos, señora… Si tal cosa hubiese sucedido, Erika habría venido a decírmelo inmediatamente.

—Tengo la impresión de que estoy perdiendo lastimosamente el tiempo con usted, señor Nikolaus.

—No le quepa la menor duda. Ahora bien, si tan segura está de lo que me cuenta, pues… proceda en consecuencia.

—Maravilloso consejo. Yo voy a darle otro, ahora: se abstendrá usted por completo de comunicar ni siquiera la más pequeña parte de esta conversación a sus empleados. Señor Nikolaus, hay una cosa a tener siempre en cuenta: la CIA también sabe asesinar.

—¿Me está amenazando?

—Exactamente. No de un modo directo, puesto que usted me ha convencido de que está al margen de todo esto, pero, no quisiera que entorpeciese usted la labor de mi nieta. Por lo tanto, silencio… ¿Me he expresado bien, señor Nikolaus?

—Sí.

—Debo añadir que si vemos que sus empleados intentan… levantar el vuelo, los cazaremos a perdigonada limpia. Mientras podamos evitarlo, no mataremos a nadie. Pero, queremos investigar a fondo eso de los proyectiles atómicos.

—¿De dónde han sacado ustedes esa idea estúpida?

—Julius Gietter.

Van Heroultz reflexionó brevemente.

—¿Y por eso le han matado?

—¡Sí, claro! Y en estos momentos, desde anoche, sus empleados deben estar buscando a mi nieta para acallar la información que ésta recibió de Julius Gietter.

—Empieza a dolerme la cabeza. Mire, señora…

—¿Le duele la cabeza? Bueno, debe ser el ambiente enrarecido de esta ciudad que, en otro tiempo, fue maravillosa. Pero yo tengo un remedio excelente para el dolor de cabeza: un paseo por el campo, donde el aire es puro, sano, diáfano… ¿Le gustaría dar un paseo por el campo conmigo, señor Nikolaus?

—En circunstancias normales, estoy seguro de que sería una agradabilísima experiencia —sonrió, malhumorado, Van Heroultz

—. Pero tal como están las cosas, no sé… Naturalmente, usted está tramando algo, con ese paseo por el campo… ¿Piensa asesinarme por ahí?

—¡Qué barbaridad…! —se escandalizó la anciana—. ¡Claro que no, por Dios!: yo nunca asesino antes del almuerzo.

Nikolaus van Heroultz respingó, y se quedó con la boca abierta, aunque quizá menos abierta que los ojos… Pero, de pronto, se echó a reír, tan simpáticamente, tan contagiosamente, que la anciana le imitó.

—¡Usted es formidable! —exclamó el millonario—. ¡Absolutamente formidable, señora!

—Seguramente es por eso que mis catorce nietos están encantados conmigo —asintió la anciana—. ¿Tiene usted nietos, señor Nikolaus?

El holandés movió la cabeza, sin dejar de reír. Dejó un billete sobre la mesita, se puso en pie, y apartó la silla de la anciana. Le tendió su brazo, y señaló hacia donde había dejado el calesín.

—No me diga de qué se trata, señora. Sea lo que sea, acepto encantado ese paseo.

—Ya verá como lo pasamos muy bien en el campo —aseguró ella.

Capítulo IV

—Tiene que ser por aquí… —murmuró la anciana—. Debe haber ahora un camino, o una carretera, también sin terminar, que se desvíe hacia la izquierda.

—Eso quiere decir que vamos a algún lugar determinado…

—Sí. Vea si encuentra ese camino.

Encontraron el camino un par de minutos más tarde. Nikolaus van Heroultz condujo el calesín por él, dejando atrás una nube de polvo, refunfuñando.

—Odio el petróleo —dijo—. ¿Vamos a las instalaciones abandonadas, quizá?

—Eso es, exactamente, lo que estoy buscando.

—Si me lo hubiese dicho desde el principio, ya estaríamos allí. Conozco el lugar.

—¡Ah…! Bueno, no tenemos gran prisa. ¿Por qué odia usted el petróleo?

—El petróleo, y todo lo que ello significa. Han cambiado por completo la faz de esta isla. Y, por si fuera poco, están fastidiando mi negocio de curaçao.

—¿Le están arruinando?

—¡Caramba, no tanto…! —se sobresaltó Van Heroultz—. Pero es un fastidio, eso sí. Antes, en Willemstad se veían muchos cochecitos como este mío, gente que paseaba, y se olía a flores… ¿A qué huele usted, ahora?

—A petróleo —sonrió la anciana—. Y, desde luego, estoy de acuerdo con usted: prefiero oler a flores… Me parece que estamos llegando, ¿no?

Señaló la torreta metálica que comenzaba a divisarse. Van Heroultz asintió con la cabeza. En seguida vieron otra, y otra más, a medida que se acercaban. Cuando finalmente remontaron el pequeño desnivel, vieron las cuatro torres metálicas, cubiertas de

polvo, y algunas viejas máquinas no menos polvorientas. También había una cabaña, que la anciana señaló. Van Heroultz condujo el calesín hacia allí, y lo detuvo delante mismo.

El silencio era total en aquella explanada. No se veía a nadie. El sol caía a plomo, pues era casi mediodía. Era un silencio de esos que parecen palpables, sólidos… Una extraña sensación para los oídos.

—Van Heroultz miraba de reojo a la anciana, mientras ésta contemplaba la cabaña, luego las torretas metálicas…

—Me gustaría saber qué está buscando usted aquí, señora. Por cierto: ¿cuál es su nombre?

—Llámeme Carolina… Señor Nikolaus: ¿qué ve usted aquí?

—¿Aquí? —el holandés miró alrededor—. Veo árboles, torres de excavación, maquinaria en desuso, una cabaña, el cielo azul…, y mucho polvo por todas partes. Ya se lo he dicho: todo lo relacionado con el petróleo es un asco. Por favor, dígame: ¿qué está buscando usted?

—Una rampa de lanzamiento de proyectiles atómicos.

Van Heroultz soltó un resoplido.

—Según eso, mi barco ha traído esos proyectiles, y alguien piensa lanzarlos desde aquí, ¿no?

—Bueno… Me pregunto cómo podrían ser disparados unos proyectiles como ésos, desde semejante lugar. Algunas personas creen que eso de lanzar proyectiles atómicos es cosa muy sencilla, pero la verdad es que requiere una serie de instalaciones… que no tienen nada que ver con esto.

—¿Podría usted admitir que alguien le está gastando una broma a la CIA? —sonrió Van Heroultz.

—No sería la primera vez… Pero detrás de cada broma que nos han gastado ha habido siempre otro propósito muy poco simpático…

—Ya. ¿Quiere que echemos un vistazo por aquí?

—Puesto que hemos venido, daremos una vuelta. Vamos a ver lo que hay dentro de esa cabaña.

—¿Qué ha de haber? Ahí debían tener instada la oficina, eso es todo. Permítame…

Van Heroultz saltó del calesín, y pasó al otro lado. Ayudó a la anciana Carolina a bajar, y tendió la mano hacia el maletín, pero

ella negó, apartándolo.

—Gracias, siempre lo llevo yo. Contiene todos mis ahorros.

—¿Y no se fía de mí? —rió Van Heroultz.

—Hasta a los millonarios les gusta el dinero.

—¡Santo cielo! —siguió riendo Nikolaus—. ¡Si quisiera quitarle sus ahorros, nada me resultaría más fácil, Carolina!

—¿Y cómo lo haría?

—Pues… ¡Caramba, muy sencillo!: me bastaría darle un pequeño empujón, o un golpe, y arrebatarle el maletín.

—¿Haría usted eso con una anciana?

Van Heroultz abrió los brazos, con un gesto de impotencia.

—No, no lo haría. ¿Qué pasa si la puerta está cerrada?

—La abrimos —aseguró la anciana.

Pero la puerta de la cabaña no estaba cerrada; simplemente, entornada. Van Heroultz la empujó, y se apartó, sonriendo.

—Señora… —invitó.

—Pase usted primero, caballero.

Nikolaus van Heroultz no discutió. Entró en la cabaña, seguido de la anciana, que volvió a entornar la puerta tras ella. Tardaron algunos segundos en acostumbrar sus ojos a la penumbra del interior. Un rayo de sol daba en una ventana polvorienta.

Y dentro de la cabaña no había nada que, a simple vista, pudiera parecer interesante. Ni siquiera había papeles. Un par de mesas, algunas sillas, estanterías, un ventilador en el techo con una de las aspas retorcida…

—Debe haber un generador por aquí —musitó Carolina.

—Es lógico. Resulta más práctico que instalar una línea eléctrica… Seguramente está detrás de la cabaña. ¿Tiene importancia?

—No sé… —la anciana golpeó el suelo con un pie, pero sonó a macizo, no a hueco—. ¿Ve usted algo interesante, señor Nikolaus?

—Nada en absoluto. Pero sí tengo una oferta interesante que hacerle: la invito a almorzar en mi casa.

—Eso sería peligroso para mí. Supongo que sus empleados Plank, Sweigger, y los demás, estarán por allá.

—Precisamente. Me gustaría que usted charlase con ellos, Carolina. Mire, todo esto es una tontería. Alguien la ha engañado a usted, ignoro por qué. Venga a almorzar a mi casa, hable con mis

empleados, y verá como se aclara cualquier malentendido. Es más: seguramente encontrará usted allá a Julius, ocupado, como siempre, en atender mis caballos.

—Julius Gietter está muerto. Espere un momento… ¿Cómo es su empleado Gietter? Físicamente, quiero decir.

—Bueno, no sé… Más bien bajo, delgado, lleva el cabello muy largo…

—¿Y tiene unos cincuenta años?

—Sí… Sí.

—Entonces, señor Nikolaus, Julius Gietter está muerto. Salgamos de aquí: no hay nada que valga la pena.

Afuera sí había algo que valía la pena.

Los vieron en seguida.

Rodeando la cabaña por delante, formando un semicírculo, había ocho o diez hombres. Todos ellos eran negros. Llevaban sombreros de paja; algunos, pantalones cortos y el torso al descubierto, otros con camisas de colores… Y todos, absolutamente todos, llevaban un palo de un metro de largo en las manos. Y todos, absolutamente todos, los miraban fijamente. No se oía ni el zumbar de un insecto.

Carolina miró a Van Heroultz, y lo vio como petrificado, con la boca abierta, girando rápidamente sus ojos de uno a otro de los negros armados con palos. El holandés acabó por mirar a la anciana, pero no acertó a decir una sola palabra.

—Parece que vamos a tener dificultades —sonrió Carolina.

—Es un atraco… —susurró Nikolaus—. Por favor, no haga nada, señora, no se resista. Nos han visto solos por aquí, y han venido a por nuestro dinero… Yo me las entenderé con ellos.

—A lo mejor —reflexionó la anciana—, se han enterado de que llevo mis ahorros en el maletín.

—No es momento de bromas… Por favor, déjeme hacer a mí… No quisiera que la lastimaran.

—Es usted muy amable —sonrió de nuevo la anciana—. Pero no pienso dejarme atracar, Nikolaus. Usted haga lo que quiera: yo voy a subir al calesín, para regresar a Willemstad. ¿Viene?

—No sea loca… —jadeó Van Heroultz, asiéndola de un brazo—. Usted no conoce a esta gente: le partirán la cabeza de un estacazo, a poco que usted los irrite. Vamos a darles nuestro dinero, y que se

vayan. Yo la resarciré de sus ahorros. Por favor, Carolina.

La anciana se desasió del brazo de Van Heroultz, y comenzó a caminar hacia el calesín, reposadamente. Ninguno de los negros dijo nada, no se molestaron en amenazar, o en dar órdenes… Simplemente, tres de ellos salieron al encuentro de la anciana, interponiéndose entre ella y el calesín. En verdad, sobraban las palabras.

Carolina siguió caminando, mientras tras ella, Nikolaus vacilaba. Cuando comenzó a caminar también hacia el calesín, la anciana llegaba a la altura de los tres negros, que la contemplaban entre asombrados y divertidos. Uno de ellos tendió la mano izquierda hacia el maletín, mientras alzaba amenazadoramente el palo sobre la blanca cabeza de la enlutada anciana de largos vestidos.

Ella sonrió, y alargó la mano izquierda, con el maletín. El negro sonrió, se adelantó…, y recibió en plena unión de las ingles el más bestial puntapié de su vida. No tuvo tiempo ni de quejarse: cayó hecho un ovillo a los pies de la anciana, que agarró en el aire su palo, y cargó con la velocidad y la potencia de una pantera, hacia los otros dos negros…

Sorpresa colosal.

Tras un velocísimo quiebro en su marcha, que desconcertó a ambos, la anciana lanzó con el palo una estocada, clavando la punta en el punto central del estómago de uno de los negros, que lanzó un berrido, y retrocedió, encogido…, mientras la anciana, giraba, colocándose de espaldas al otro, y alzaba su pierna derecha en una patada giratoria que llevó su pie justo a la punta de la barbilla del otro negro, derribándolo de espaldas… Acabó el giro, avanzó hacia el que había golpeado en primer lugar, y le partió la cabeza de un espantoso estacazo, que abatió al negro, con la cabeza llena de sangre.

—¡Vamos, Nikolaus! —gritó—. ¡Corra!

De todos los sorprendidos, petrificados personajes que había presenciado con qué limpieza se desembarazaba la anciana de tres fuertes enemigos, el primero en reaccionar fue el holandés, echando a correr hacia ella, mientras Carolina se arrodillaba, evitando el golpe del palo que llegaba en su dirección, girando horizontalmente en el aire. Pasó silbando sobre su cabeza, pero esto no alteró, en absoluto, a Carolina, que causó a todos una nueva sorpresa.

Se alzó las faldas, mostrando unas piernas doradas, sensacionales, y de un tirón despegó la pistola que llevaba adherida al muslo izquierdo con un trozo de esparadrapo color carne. Giró, vio llegar a uno de los negros, corriendo, y alzó la pistola.

Plof.

El negro lanzó un chillido, saltó dando una vuelta completa en el aire, y cayó finalmente de cabeza, quedando inmóvil.

Carolina se volvió hacia Nikolaus, que llegaba lanzado a toda velocidad, y el holandés, al ver la pistola vuelta hacia él lanzó un grito, y desvió la marcha.

—¡Eeeehhhh…! —gritó.

La anciana sonrió, se incorporó, y corrió también hacia el calesín con el precioso toldo, que estaba siendo rodeado por los demás negros.

Ella fue la primera en subir, con una agilidad que por fuerza debía tener atónitos a los negros, y por supuesto, a Van Heroultz… Al mismo tiempo que ella subía por un lado, uno de los negros subía por el otro. Se encontraron frente a frente, ya chocando, de tal modo que ella no pudo disparar, y el negro, tras lanzar el golpe con el palo, perdió el equilibrio debido al fallo, y fue a caer sobre los hombros de Carolina.

La cual se irguió poderosamente, con un gesto oscilante…, y el negro salió volando, chillando, manoteando en el aire, impulsado por el magnífico *kataguruma* de judo. Otro negro llegaba por el mismo lado, y Carolina, siguiendo su impulso oscilatorio, le encajó la punta de su negro zapatón en plena garganta, derribándolo de espaldas…

—¡Suba o le dejo aquí, Nikolaus! —gritó Carolina.

Dejó caer el maletín a sus pies, se sentó tomó las riendas con la mano izquierda, y al mismo tiempo que el caballo emprendía la marcha, asustado, disparaba de nuevo…

Plof.

Otro de los negros se llevó una mano a la rodilla derecha, y luego la otra, tras soltar el palo, y comenzó a dar saltos sobre la pierna sana, chillando como un loco.

Nikolaus estaba ya en el calesín, y la anciana se volvió hacia él, de tal modo que la pistola quedó apuntada al pecho del holandés, al que tendió las riendas que gobernaban al ya casi desbocado caballo.

—¡Tenga esto! ¡Y despierte de una vez!

Van Heroultz parecía hipnotizado, pero estaba habituado a conducir el calesín, así que lo hizo de un modo automático…, mientras Carolina se volvía hacia la parte posterior del vehículo. Uno de los negros se había agarrado allí, y se estaba encaramando ágilmente… La anciana ni siquiera se molestó en disparar. Hizo una cosa extraña con la mano izquierda, lanzándola como una garra hacia el rostro del negro, en el golpe llamado *picotazo de cobra*; los dedos golpearon los ojos del negro, como rebotando en ellos…

—¡UUAAAAAAHHHH…! —aulló él desafortunado, en tanto saltaba fuera del calesín, cayendo de espaldas.

Carolina quedó vuelta hacia atrás, mirando a los negros que corrían detrás del calesín, blandiendo sus palos.

—Más de prisa —exigió—. ¡Más de prisa, Nikolaus!

—Nos…, nos vamos a matar…

—¡No diga tonterías! ¡Más de prisa!

El calesín rebotaba sobre el camino, arrastrado por el ya definitivamente asustado caballo, pero Van Heroultz sujetaba las riendas con mano firme. Estaba pálido y desencajado, pero reaccionaba como correspondía al instinto de conservación: si perdía el control del animal, el calesín volcaría, y ambos saldrían despedidos, con riesgo de romperse la cabeza o algún hueso…

Vuelta hacia atrás, preparada la pistola, Carolina vio cómo la nube de polvo ocultaba a los negros, que, por supuesto, iban quedando atrás.

Lanzó un suspiro, se volvió hacia delante, y miró de reojo al demudado Van Heroultz.

—Ya no hace falta, correr tanto… —dijo—. Tranquilice a ese pobre animal, Nikolaus.

El holandés lo consiguió en pocos segundos, que fueron los que tardaron en llegar al camino más ancho. Allí, ya en terreno completamente horizontal, el caballo pudo ser dominado adecuadamente, y su marcha, aunque veloz, no resultaba ya peligrosa.

—¡Caramba…! —exclamó Carolina—. ¡Qué gente tan poco cortés! No está bien robarle los ahorros a una anciana.

Van Heroultz le dirigió una veloz mirada de reojo.

—Usted…, usted me ha engañado… ¡Usted es su nieta!

—Eso es toda una barbaridad, Nikolaus —rió Carolina.
—Quiero decir que…, que usted…
—No se canse, ya le he entendido.
—¡Santo cielo! —exclamó el holandés—. ¡Todavía no creo lo que he visto con mis propios ojos!
—Pues yo sí creo siempre lo que veo con mis propios ojos. Así que, insisto: Julius Gietter está muerto. Eso es tan cierto como lo que usted acaba de ver. Si lo cuenta, le dirán que está loco, pero…, ¿verdad que usted está seguro de lo que ha visto?
—Sí… Sí.
—De acuerdo. ¿Está dispuesto a ayudarme, Nikolaus?
—¿Ayudarla? Bueno… ¿Qué tengo que hacer?
—Eso es lo fácil: no tiene que hacer nada. Mire, yo no sé qué clase de juego es ése de los proyectiles atómicos, pero sí hay cosas que merecen mi atención. Una de ellas, la principal, es que quiero encontrar a un compañero mío llamado Aaron Foreman; un agente de la CIA, ¿comprende? Eso es lo más importante para mí. ¿Conoce usted a Foreman?
—Pues no sé… Bueno, por el nombre, no, desde luego…
—Dele un descanso a su caballo, se lo merece. Eso es, así, paseando… Le voy a enseñar unas fotografías de Foreman —las sacó del maletín, y las puso ante sus ojos—. ¿Le ha visto alguna vez?
—No… Lo siento, no.
—Pues ha desaparecido aquí, en Curaçao. Y yo quiero encontrarle. Su desaparición puede estar relacionada con eso de los proyectiles; aunque Julius Gietter no mencionó a Foreman en este asunto, y dijo no conocerle cuando le nombré y le mostré las fotografías, yo sé que estaba mintiendo. Entonces, tenemos que Gietter, los proyectiles, y mi compañero Foreman, guardan una relación. Así las cosas, sólo dispongo de una pista para seguir con este asunto: sus empleados.
—Pero no es posible que…
—Vamos, no sea ingenuo —refunfuñó Carolina, guardando las fotografías—. Sus empleados tienen algo que ver con esto, puede estar seguro.
—¡Los despediré, los…!
—¡Pero, hombre, no diga tonterías! —estalló la anciana—. ¡No

hará nada de eso! Simplemente, volverá usted a su hacienda, y les vigilará muy discretamente, mientras yo estudio un plan de acción directa.

—¿Un plan de… acción directa? ¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabrá cuando lo tenga a punto. Mientras tanto, vigile a sus empleados. Yo le iré llamando por teléfono, y usted me dirá lo que vaya notando de raro en su comportamiento. Y otra cosa… Ahora, al llegar a Willemstad, nos despediremos. Usted irá a su barco, echará un vistazo, y hará averiguaciones muy, muy discretas, en el sentido de saber si su barco, proveniente ayer de Maracaibo, traía alguna carga especial… Pero con mucho cuidado, Nikolaus. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, sí. ¿Qué hará usted?

—Le iré llamando por teléfono. Nikolaus: ¿alguna vez ha oído usted hablar de Baby?

—Sí, claro —asintió el holandés.

Carolina le miró vivamente.

—¿Ha oído hablar de la agente Baby? —inquirió.

—¿De quién? Oiga, espere un momento… Espere, no entiendo esto. Usted me pregunta si he oído hablar de *baby*, y eso, para mí, es un palabra inglesa que significa bebé, niña, angelito, criatura…

—No —rió Carolina—. ¡No, no! Déjelo, Nikolaus, no tiene importancia. Bien; ¿hará lo que le he pedido?

—Sí… Pero aguarde; ¿eso quiere decir que voy a estar trabajando para la CIA?

—No, exactamente. Estará trabajando para mí, Nikolaus…

—Muy bien… ¿Y quién es usted? Le he visto las piernas, y si una anciana tiene esas piernas, que me ahorquen. Y además, ¡qué demonios, lo que ha hecho usted en unos pocos segundos con esos negros ha sido increíble! Eso no lo hace una viejecita… ¿Quién es usted?

—La agente Baby, de la CIA. ¿No ha oído hablar de mí?

—Claro que no —masculló Nikolaus.

—Pues sus empleados estoy segura de que sí. Al menos, Julius Gietter sí había oído hablar de mí. Y me envió nota a la central de la CIA, diciendo que…

Minutos más tarde, ya muy cerca de Willemstad, Nikolaus van Heroultz detuvo el calesín, y se quedó mirando a Carolina, que

había terminado su explicación.

—Todo esto es muy fantástico para mí, pero la ayudaré… ¡Pobre Erika! ¿No podría yo hacer algo que…?

—No. Las cosas están bien como están, por ahora. Además, ni siquiera sé dónde está ella. Usted haga solamente lo que le he dicho, Nikolaus.

—Está bien… ¿Adónde va usted ahora?

—No se preocupe por eso. ¡Adiós, Nikolaus! —sonrió, tendiendo la manita—. Ha sido un paseo muy agradable.

Van Heroultz se quedó mirándola fijamente sin soltar su mano.

—¿Cómo es usted, en realidad? ¿Cuántos años tiene?

Carolina sonrió. Retiró su mano de la de Van Heroultz, abrió el maletín, y sacó una toallita de papel, sobre la cual vertió un poco del líquido contenido en un frasco. Se pasó la toallita por la cara, borrando el magistral maquillaje de arrugas, hasta que apareció el rostro fresco y terso; las cejas canosas fueron despegadas, y la peluca de blancos cabellos arrancada cuidadosamente. Luego, se quitó el vestido negro, quedando en sujetadores y pantaloncitos; guardó el vestido en el maletín, tras apretarlo de modo que ocupaba un reducidísimo espacio, y se puso otro, de punto finísimo, de color azul, de falda corta. También cambió los zapatos negros por unas sandalias azules. Luego, agitando el cabello teñido de rubio, dirigió sus ojos de color violeta oscuro hacia los del boquiabierto Nikolaus van Heroultz.

—¡Adiós, Nikolaus! —volvió a sonreír—. Gracias por el paseo.

Saltó ágilmente del calesín, y se quedó mirando al holandés, que no salía de su asombro. De pronto, reaccionó, comprendió que debía marcharse, y, sin haber acertado a decir una sola palabra, movió las riendas. A medida que se alejaba, iba volviendo la cabeza, como incapaz de dejar de mirar a la más hermosa muchacha que había visto en su vida.

Capítulo V

La hermosísima muchacha asintió con la cabeza, como si su interlocutor telefónico pudiese verla.

—Sí, sí —insistió—: Nora Tisdale. Ocurre que encontré a unos amigos, y me invitaron a una finca que tienen cerca de Willemstad, donde pasé la noche. Seguramente pasaré un par de días aquí con ellos, pero sigo reteniendo la *suite*, desde luego.

—Gracias. Bien…, ¿hay algún recado para mí?

—¿No? ¿Está seguro?

—Es que estoy esperando una llamada, precisamente. Volveré a llamar…

—¿…?

—No, no. Gracias, pero no es necesario. Yo volveré a llamar. Hasta luego.

Colgó el auricular, y se dirigió a la mesa del pequeño restaurante con vistas al mar donde se proponía almorzar. El camarero que esperaba junto a la mesa, dispuesto a no permitir que fuese otro quien la sirviera, tenía los ojos muy abiertos, como si con ellos pudiera captar mejor la belleza de la despampanante morena de grandiosos ojos azules y piel dorada como el oro, como el mismísimo sol. Seguramente se habría sorprendido muchísimo si le hubieran dicho que media hora antes, la hermosísima morena era rubia, y que tenía los ojos color violeta oscuro. Pero se habría sorprendido algo menos si hubiese visto a la rubia en una solitaria caleta, tomando un baño de mar, completamente desnuda, y lavándose los cabellos con un champú tan extraordinario que convertía en negros los cabellos rubios. Esto, después de quitarse de los ojos las lentillas de contacto que hasta entonces habían ocultado las azules pupilas…

Claro que tampoco podía saber que la rubia tenía la certeza de que unos cuantos hombres debían estar buscándola por la isla, y

que eso la había impulsado a convertirse en morena, para poder moverse con libertad y tranquilidad.

El camarero hablaba holandés, y sólo sabía unas pocas palabras en inglés, pero fueron suficientes. Por otra parte, una muchacha como aquélla estaba perfectamente disculpada de no saber el holandés. Ni el *papiamento*. ¡Qué demonios; a aquella mujer le bastaba mirar, sonreír, y con eso se le entendía todo!

En definitiva, la señorita Brigitte Montfort pudo almorzar estupendamente, aunque fuese algo tarde. Y una vez terminado el almuerzo, volvió al teléfono.

—Nora Tisdale, sí… ¿Algún recado para mí?

—Ah… Estupendo. ¿Por teléfono?

—Sí, sí. ¿Cuál es el recado?

—Gracias, muchas gracias. ¿Alguna cosa más?

—Gracias de nuevo. ¡Adiós!

Colgó, regresó a su mesa, pagó la cuenta, y tras premiar al camarero con una buena propina y con una sonrisa que valía cien millones de veces lo que la propina, salió del restaurante. Un minuto más tarde, entraba en un taxi, y daba la dirección que le habían facilitado por teléfono.

Llegó allá en cinco minutos escasos, y todavía no se había detenido el taxi cuando ya divisó el «Dodge», estacionado en un lado de la plaza…

—Pare aquí mismo —pidió en inglés.

El hombre no entendió, pero ella dijo, entonces, simplemente, la palabra *stop*, y esto sí fue comprendido. Pagó, se apeó, y se quedó mirando el «Dodge». Luego, tras una lenta mirada por toda la plaza, se dirigió hacia el vehículo. Había una suave brisa cálida, que hacía oscilar las altas palmeras; producía la impresión de que algo caliente y palpable se adhería al cuerpo… Igual que las miradas de los hombres que se cruzaban con ella. Miradas atónitas, incrédulas, maravilladas.

Llegó al coche, se sentó ante el volante, y en seguida vio el plano doblado en el asiento contiguo, en el cual dejó el maletín tras retirar el plano. Al cogerlo, las llaves del coche le cayeron en el regazo. Sonriendo, acabó de desdoblarlo y encontró el papelito con la dirección. Luego, buscó ésta en el plano, y volvió a sonreír. Verdaderamente, Erika Gietter era una chica muy cauta.

Puso el coche en marcha, dispuesta a acudir a la cita de la muchacha. ¿Qué podía tener que decirle, que fuese tan urgente? No lo imaginaba, pero sin duda estaba relacionado con todo el asunto, y quizá sería mejor escucharla antes de tomar determinaciones.

Orientándose con la ayuda del plano, tardó poco más de un cuarto de hora en llegar al lugar de la cita. Era un pequeño *bungalow* separado de otros idénticos en una zona residencial cerca de la playa, hacia el oeste de Willemstad. Los *bungalows* estaban numerados, y Brigitte buscó el número nueve, que encontró fácilmente. Detuvo el coche, y se quedó mirando la bonita cabaña rodeada de césped y palmeras. Había también naranjos y flores de vivos y alegres colores… Por encima del coche, en silencioso vuelo, unas cuantas gaviotas se dirigían mar adentro, y Brigitte las estuvo contemplando, sonriendo.

—Me encantan las gaviotas —dijo, en voz alta.

Miró de nuevo hacia el *bungalow*, mientras colocaba su mano izquierda sobre el muslo de ese lado, palpando la pistolita… Pero, en aquel momento, la puerta de la cabaña se abrió, y apareció Erika Gietter, que le hizo una seña. La había visto llegar en el coche, que tan bien conocía.

Brigitte tomó el maletín, y salió del coche, siempre mirando a todos lados. Pero, bajo el ardiente sol, no se veía a nadie. Parecía que una espesa losa de silencio lo aplastase todo.

Llegó al porche, y Erika retrocedió hacia la puerta, y se apartó, para dejarla pasar. Entraron las dos, y la sorprendida muchacha cerró la puerta, exclamando:

—¿Es usted?

—Sí —suspiró Brigitte—. ¡Zambomba, qué bien se está aquí dentro, Erika!

—Pero…, ¿no es usted rubia? He salido al ver el coche, pero no la veía bien a usted dentro. Y cuando ha salido… Bueno, supongo que se ha disfrazado —la muchacha estaba maravillada—. ¿O no?

—En efecto —asintió la divina espía—. Realmente, soy rubia, pero he pensado que los hombres que me vieron hablando con su padre en el hotel deben estar buscándome, y me he disfrazado… ¿De quién es esta casita?

—De un amigo, claro.

—Claro. ¿Arregló lo de su padre?

—Sí, sí. Está…, está enterrado, pero…, espero que pronto podremos llevarlo al cementerio…

—Haremos todo lo posible —murmuró Brigitte, dejándose caer en un sillón—. ¿Ha ocurrido algo que sea importante?

—La verdad es que no lo sé, pero quizá usted le encuentre algún significado.

Brigitte desvió la mirada de la muchacha, para mirar alrededor. Las persianas estaban casi completamente cerradas, y las ventanas completamente abiertas, de modo que por entre los listones penetraba la brisa del mar, un poco refrescante. La penumbra contribuía a dar una sensación de frescor que era muy digna de ser agradecida… Volvió a mirar a Erika.

—Es posible —admitió—. ¿De qué se trata?

—Lo tengo en el dormitorio —dijo Erika—. Voy a buscarlo.

Dio la vuelta, y se dirigió hacia una de las puertas, por la que desapareció. Brigitte frunció el ceño, y comenzó a incorporarse, para ir tras ella.

Y entonces, la cabeza le dio un millón de vueltas.

Sacudió la cabeza, abrió los ojos con un esfuerzo, y se encontró de nuevo sentada en el sillón. Le zumbaban los oídos, y los párpados le pesaban como si fuesen puro plomo. Con un tremendo esfuerzo consiguió ponerse en pie, y dio un paso hacia la mesita sobre la cual había dejado el maletín…

Entonces, la cabeza volvió a darle un millón de vueltas. Esta vez, tras sacudir la cabeza se encontró de rodillas en el suelo, con las manos apoyadas ante ella. En su mente, la orden estaba en marcha desde el primer momento: abrir el maletín, tomar una de las compresas antigás, colocársela ante la boca y la nariz, y así resistir los efectos del gas.

Consiguió ponerse de nuevo en pie, manteniendo los ojos cerrados, y dio otro paso hacia la mesita. Abrió los ojos, y vio el maletín, como flotando. Dio otro paso, alargó un brazo, llegó a tocar el maletín…, y cayó sobre la mesita, derribándola, rodando por encima de ella, luego por el suelo, y quedó tendida cara al techo del pequeño, acogedor y fresco *bungalow*.

Capítulo VI

—Ya vuelve en sí —oyó.

Le parecía que su cabeza era de plomo. La notaba caída sobre el pecho. Mentalmente, se estaba recuperando a toda prisa, pero físicamente lo hacía más despacio; sus reflejos funcionaban con menos potencia.

Como de muy lejos, oyó la voz de Erika:

—¿Yo habría dormido tanto como ella, si no hubiese salido del *living*?

—Claro —oyó una voz también conocida—. Te encontramos dormida en la cama, y comprendimos que, después de reventar la cápsula de gas, habías tenido tiempo de llegar allá, alejándote. Hiciste muy bien, Erika.

—Ya despierta —volvió a oír la primera voz.

—Cuidado con ella —sonó de nuevo la voz conocida de hombre —. No olvidéis lo que hizo con los negros. Aseguraos de que está bien atada. Repasa esas cuerdas, Sweigger.

Brigitte notó las manos de un hombre, tocándola. Sentía los tirones, la aspereza de las cuerdas… Estaba… sentada y atada a una silla. Atada de pies y manos, éstas a la espalda…

—No se soltará —oyó una risita.

Alzó la cabeza, y abrió los ojos. Delante tenía algo… Una cabeza. Pero la veía como una bola sin contorno definido. Estiró los párpados, sacudió la cabeza, y volvió a mirar.

Entonces vio perfectamente el rostro de aquel hombre. Un rostro notable, rodeado de largos cabellos. La boca era grande; la barbilla sólida, agresiva; la mirada penetrante, dura… Sobre la ceja derecha, que parecía bajar un poco más que la izquierda, había dos cicatrices que la partían en dos secciones.

Brigitte *Baby* Montfort se despejó completamente, de golpe,

mirando aquel rostro; el rostro de Aaron Foreman, agente de la CIA.

—¡Sim…! —empezó.

¡*Plaf*!

La violentísima bofetada que le aplicó Aaron Foreman casi la derribó con silla y todo, al suelo. Brigitte notó el doloroso impacto, el terrible tirón en el cuello…, que se estiró, para, como si fuese de goma, recobrar su posición natural…

¡Plaf!, restalló la siguiente bofetada, en la otra mejilla.

—No sea impaciente, Foreman —dijo la voz de hombre conocida —. Quizá no sea necesario, recurrir a eso.

Brigitte tenía los ojos llenos dé lágrimas provocadas por el dolor de los dos terribles golpes, que le producían la impresión de grandes brasas adheridas a sus mejillas. Apretó los párpados, las lágrimas cayeron, y entonces vio al hombre cuya voz conocía: de pie junto a Aaron Foreman, mirándola con sonriente ironía, estaba Nikolaus van Heroultz. A su derecha y un poco más atrás, Erika Gietter. Brigitte desvió la mirada hacia el otro lado, y vio a otros dos hombres. Uno de ellos era Plank, el asesino de Julius Gietter. Al otro no le conocía, pero dedujo inmediatamente que era Jan Sweigger.

—Ha dormido muchas horas, Carolina —dijo Van Heroultz, sonriente.

Brigitte miró fijamente a Aaron Foreman, que, a su vez, la miraba con el ceño fruncido, sombrío, hosco. La azul mirada estuvo fija durante unos segundos en los ojos del agente de la CIA, sin expresar nada. Simplemente, miraba los ojos de aquel hombre por el cual básicamente ella había viajado a Curaçao…

—Si continúa mirándome así, lo va a lamentar —susurró Aaron Foreman.

—¿Cómo debo mirarle, Simón? —susurró, también, ella.

El agente de la CIA palideció.

—No me llame así… ¡Y deje de mirarme!

Brigitte desvió la mirada hacia Van Heroultz, que parecía grandiosamente divertido.

—Después de todo —dijo el holandés—, no es usted tan difícil de engañar, Baby.

—Soy difícil de engañar —contradijo ella—, pero no soy adivina, y, por desgracia, todavía tengo fe en el género humano.

Teniendo en cuenta esto, se me puede engañar de cuando en cuando, Nikolaus. Muy de tarde en tarde, pero… todavía me siguen engañando. Sin embargo, hay una cosa en la que no me habéis engañado: Julius Gietter murió, realmente. ¿Quién era él?

—Pues era Julius Gietter —rió Van Heroultz—. Sólo eso.

—¿No era el padre de Erika?

—Claro que no… Era un pobre hombre que trabajaba aquí, y que tuvo que aceptar mi plan. Estaba aterrado, pero sirvió para mis propósitos. El primero en engañarte fue él.

—Ya veo. Pero luego, vosotros le engañasteis a él.

—Había que convencerte bien de que Erika era su hija, y de que no se trataba de una broma. Y, sobre todo, había que hacer las cosas de modo que te atrapásemos viva.

Baby miró a Simón-Foreman, y de nuevo a Van Heroultz, sorprendida.

—¿Todo esto ha sido organizado sólo para cazarme a mí?

—En principio, sí. Y como sabíamos que eres muy peligrosa, y a toda costa te queríamos viva, hubo que montar toda una comedia. Si mis hombres te hubiesen atacado en el hotel cuando estabas con Gietter, o luego, cuando les seguiste y ayudaste a Carla, te habrías defendido de tal modo que, o habrías acabado con todos, o habrían tenido que matarte. No interesaba. Así que preparamos la entrada en escena de Carla…

—Querrás decir que Erika —musitó Brigitte.

—Es lo mismo —rió Van Heroultz—. Puedes llamarla como gustes. Carla o Erika, ¿qué más da?

—Entiendo. ¿La misión de ella era engañarme para atraerme a aquel *bungalow* y narcotizarme?

—Exactamente. Y, por supuesto, convencerte de que Nikolaus van Heroultz no tenía nada que ver en esto. Cuando me llamaste esta mañana, comprendí que te habías tragado bien esa mentira. Y también comprendí lo que ibas a pedirme: que registrásemos el *Guarico*, y que fuésemos al lugar del que Gietter te habló, siguiendo mis instrucciones… Algo parecido. Entonces, pensé en tenderte una trampa en el *Guarico*, y así, no tendría necesidad de descubrir mi carta oculta que es Erika. Pero en el *Guarico* me pareció un tanto comprometido, pues muchas personas me verían entrar con una mujer y salir sin ella… No, no. Era mejor en el campo petrolífero

abandonado. Así que envié allá a unos cuantos de mis trabajadores, para que nos esperasen. Naturalmente, con la orden severísima de no matarte… De todos modos, tu reacción fue asombrosa, admirable… Ni siquiera yo tuve una oportunidad. Había pensado divertirme un poco contigo, pero luego las cosas fueron de tal modo que a menos que quisiera descubrir mi juego atacándote directamente, no podía hacer nada. Unas veces porque tenías la pistola en la mano, otras porque me hubiese quedado en tierra… No, no me interesaba descubrir mi juego, pues no sabía cómo podía terminar aquello, y, por si acaso, me convenía más seguirte la corriente…

—Teniendo en cuenta que, de todos modos, me esperaba la trampa de Erika.

—En efecto. Les he explicado a todos los que hiciste con los negros, y sólo Foreman me ha creído en el acto. La verdad es que a mí mismo, cuando pienso en ello, me parece increíble… ¿Sabes que mataste a dos?

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —se pasmó el holandés—. ¿De veras?

—Supongo que eran unos pobres diablos, como el desdichado Gietter.

—Por supuesto —rió Van Heroultz—. ¿Qué importan unos pocos pobres diablos si, por fin, te tengo en mi poder, viva y en perfectas condiciones?

—¡Oh, no importan nada! —dijo secamente Baby—. Al fin y al cabo, son unas vidas nada más.

—Así lo pienso —rió Van Heroultz.

Brigitte miró alrededor. Estaba en una habitación grande, confortable, limpia, casi lujosa… Desde luego, no pertenecía al *bungalow* donde le habían tendido la trampa. Es decir, que la había llevado a otro sitio mientras dormía, seguramente metida en el maletero de un coche…

—¿Estoy en tu casa?

—Sí. Pero nadie lo sabrá jamás.

—¿Ni siquiera la CIA?

—Para la CIA, la agente Baby habrá desaparecido en Curaçao, igual que el agente Foreman. Eso es todo.

—¿Y si yo hubiese hablado con mis compañeros de Maracaibo

mencionándote a ti, a Erika, a Plank…?

—No —volvió a reír Van Heroultz—. No lo has hecho; jamás recurres a tus compañeros mientras puedes arreglártelas sola, querida Baby. Y todavía no necesitabas a nadie, pues aún no sabías qué hacer. Además, me consta que, habiendo desaparecido uno de tus Simones, lo que sí habrás ordenado es que ningún otro de tus muchachos se acerque a la isla, porque tu objetivo principal es siempre preservarlos del peligro cuando no se sabe dónde está éste, exactamente. De modo que estás sola en Curaçao… ¿No es cierto, Foreman?

El agente de la CIA asintió con gran seguridad:

—Por supuesto. Si no estuviese sola, los demás ya la habrían rastreado, y en estas horas que han pasado desde que la capturamos, ya habrían caído sobre nosotros. Pero, sobre todo, sé que ella ha venido sola, tras ordenar que todos los de la CIA despejen la isla. Esa es su norma.

—Como ves, Baby, estoy muy bien asesorado con respecto a tu… *modus operandi* o como quieras llamarlo —dijo Van Heroultz—. Una vez admitido esto, comprenderás que tu situación no es envidiable. Por cierto, ¿no vas a llamar traidor a Foreman?

La espía miró fijamente a Foreman, y susurró:

—Sólo siento pena por él.

—¿Pena? —exclamó Nikolaus—. ¡Sorprendente! Y no puedo entenderlo… En lugar de llamarle traidor, de escupirle al rostro…, ¿sientes pena por él? Explícame eso, por favor.

—No lo entenderías —movió la cabeza, Brigitte.

—Dame una oportunidad —insistió el holandés.

—¿Qué va a ganar Simón con esto? ¿Dinero? Muy bien… ¿Cuánto? ¿Un millón de dólares, dos, tres, cien…? ¿Y qué? No vivirá mejor con cien millones de dólares que con sólo unos miles de dólares. Su vida, en el fondo, será la misma…, mientras dure.

—¿Qué quieres decir?

—Él lo sabe —murmuró Brigitte.

Van Heroultz miró a Foreman, que se pasó la lengua por los labios, antes de musitar:

—Todos los agentes de la CIA, en todo el mundo, se pondrán en marcha cuando sepan que Baby ha desaparecido en Curaçao. Se supone que, tarde o temprano, se enterarán de todo. Entonces, Van

Heroultz, las vidas de todos nosotros juntos no valdrán ni un grano de arena del mar.

—Tonterías —rechazó Van Heroultz—. Pero, de todos modos, yo tengo mis planes con respecto a Baby. Y aunque todos los agentes de la CIA de todo el mundo vengan a Curaçao, no hemos de temer nada: la pista de Baby se perderá rumbo a China.

—¿Qué quiere decir? —le miró vivamente Foreman.

—Pues que Baby partirá rumbo a China, dejando tras ella las suficientes pistas para que no haya dudas sobre ello. Y eso, además de protegernos, nos proporcionará unos cuantos millones de dólares que los chinos ofrecen por tan bella pieza… ¿O no es así, Baby?

—Sí, es así. ¿Debo entender que has tendido estas trampas sólo para cazarme y venderme a los chinos por unos cuantos millones de dólares?

—Bueno, digamos que eso será la… propina en este gran negocio. Pero te necesito para algo mucho más importante. Muchísimo más importante, te lo aseguro.

—¿Qué es ello?

—Ya he recibido la confirmación de cierto envío norteamericano a determinado país de la costa oriental del continente sudamericano… Un envío que podríamos valorar en… ¿Te parece suficiente doscientos millones de dólares?

—No puedo saber el valor de una cosa que desconozco —replicó Brigitte, palideciendo.

Nikolaus van Heroultz entornó los ojos, y sonrió fríamente.

—Te noto un poco pálida, Baby… Y eso indica que sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

—No, no lo sé.

—Yo creo que sí, pero voy a molestarme en decírtelo: Ese envío es, ni más ni menos, que dos centrales nucleares, acompañadas de la suficiente carga de uranio tratado para su funcionamiento durante los dos primeros años. Posterior y sucesivamente, Estados Unidos irá facilitando a ese país la cantidad suficiente de uranio para que esas dos centrales no dejen de funcionar. ¿No es así?

—Si tú lo dices…

El holandés torció dolorosamente el cuello de Brigitte, dándole un rudo tirón de los cabellos.

—¡Sabes muy bien de qué te estoy hablando! —gritó—. ¡Te

estoy hablando de dos centrales nucleares que ya están rumbo a ese país, por mar! Son como una prueba de amistad y colaboración norteamericana en el desarrollo de tal país. Las prometieron, y ya las han enviado… ¡Y yo quiero saber cuál es la ruta exacta, qué protección llevan, y cuándo y por dónde llegarán a su destino!

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Acaso piensas apoderarte de esas centrales nucleares?

Van Heroultz la soltó con un gesto brusco, despectivo.

—¿Crees que estoy loco? —masculló—. Suponiendo que consiguiese apoderarme de ellas en un perfecto golpe de mano, no tendría modo de ocultarlas; sería muy pronto localizado por aviones de la USAF, o navíos de la Navy, y me harían pedazos… No. Nada de apoderarme de ellas: Me bastará con hundirlas.

—¿Quieres hundir dos centrales nucleares que valen doscientos millones de dólares y que contribuirían al desarrollo industrial y, por lo tanto, económico, de un país? Me parece que sí eres un loco, Nikolaus… A menos que tengas poderosos motivos para hacer eso… ¿Los tienes?

—Tengo veinticinco millones de poderosos motivos.

—¿Quieres decir que ganarás veinticinco millones de dólares por hundir esas centrales?

—Exactamente.

—Entiendo —murmuró Brigitte—. Entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Eres un pobre desgraciado, Nikolaus —sonrió tristemente la divina espía—. ¿No comprendes que jamás te pagarán esa cantidad? Vamos, despierta… Mira, ni siquiera voy a interesarme por las personas que te han encargado ese trabajo. ¿Qué más da? Lo evidente es que se trata de alguien que de ninguna manera quiere comprometerse, pero que desea que esa ayuda norteamericana no llegue jamás a ese país que la está esperando… De este modo, dicho país quedará muy decepcionado, y seguramente muy predispuesto a escuchar otras ofertas. Es una jugada doble: perjudican a Estados Unidos en doscientos millones de dólares y en la buena marcha de sus relaciones sudamericanas, y predispone a ese país a escuchar cantos de sirenas, ofertas mejores, promesas sin fin… ¿Los rusos? ¿Los chinos? Tampoco eso importa… Lo que sí importa es que jamás te pagarán; cuando tú y tus empleados hayáis terminado ese

trabajo, seréis eliminados. Eso, suponiendo que lo consigáis, lo cual no me parece nada fácil.

—Deja eso de mi cuenta —deslizó Van Heroultz—. Lo único que tienes que hacer tú es contestar a mis preguntas. Quiero saber la ruta de ese convoy, qué protección lleva, y cuándo y por dónde llegará a su destino. ¿Y bien?

Brigitte *Baby* Montfort miraba incrédulamente a Nikolaus van Heroultz.

—¿De verdad esperas que la agente Baby conteste esas preguntas? —replicó, sonriendo de pronto.

—En efecto. Y no me vengas con el truco de que ignoras lo que te he preguntado.

—¡Pero qué dices…! —rió Brigitte—. ¡Por el amor de Dios, claro que sé todo eso perfectamente, Nikolaus! Y te diré por qué lo sé: Yo misma fui partícipe directísima, y muy activa, en promocionar esa idea en la Casa Blanca, hace unos tres meses. ¡Santo Cielo! No hay nada sobre esa operación que yo desconozca, pues he intervenido en ella desde el principio al fin, utilizando los servicios intermediarios de mi Sección Pax… Nikolaus, lo sé todo, todo, todo…, pero no me harás decir una sola palabra.

Erika, Nikolaus van Heroultz, Plank, Sweigger y Foreman se quedaron mirando estupefactos a aquella mujer, cuya osadía y desfachatez ni siquiera admitía definiciones. Durante unos segundos el silencio fue total…, hasta que Aaron Foreman murmuró:

—Está usted loca, Baby.

—Estoy al corriente de eso hace muchos años —sonrió la divinísima espía.

—Tenemos tiempo —dijo Van Heroultz—. Tenemos el tiempo suficiente para convencerte de que te conviene cambiar de actitud…

—No lo entiendes, Nikolaus —dijo ella, amablemente—. No os daré esa información ni aunque me hagáis pedazos. Te lo explicaré claramente: No se trata de doscientos millones de dólares, ni de los beneficios que esas centrales nucleares van a reportar a un país que la está necesitando, ni de las muchas vidas que serían aniquiladas si yo te diese la información… Se trata de una cuestión de… principios, de solidez moral, por mi parte. Durante muchos años, estoy luchando por conseguir cosas como ésta, jugándome la vida

en misiones de las que sólo espero bienestar para cuanta más gente mejor. Han estado a punto de matarme cientos de veces, y yo he matado ya demasiado —su voz bajó de tono—. Sí, demasiado. He luchado incluso contra la CIA misma, he desbaratado planes maquiavélicos de los poderosos que pretendían abusar de los débiles… ¡Dios mío! He conseguido algo bueno esta vez, algo por lo que vale la pena luchar… ¿Y tú pretendes que yo misma destruya mi propia obra, que vaya contra mis principios, contra mis deseos, contra el único objetivo de mi vida…? Nikolaus, eres un pobre necio. Pero te voy a conceder una oportunidad: Suéltame, olvídalo todo, y yo te pagaré de mi bolsillo los veinticinco millones de dólares.

—Es una buena solución —saltó, rápidamente, Foreman—. Si lo que usted quiere es dinero…

—¡Cállese, Foreman! —gritó Van Heroultz.

—Pero ella le está ofreciendo…

—¡Que se calle, maldito sea! Hasta ahora la hemos escuchado a ella. Muy bien, voy a hablar yo a continuación… En primer lugar, no puedo creer de ninguna manera que Baby me pague veinticinco millones de dólares. En segundo lugar, ya hace años que estoy dedicado a estas actividades de espionaje para quienes me pagan. Y, en tercer lugar, si dejase marchar a Baby, esas personas no me permitirían disfrutar del dinero ni un solo día. ¿Está bien claro?

—De todos modos, cuando hayas terminado el trabajo, si es que lo terminas, cosa que dudo, te asesinarán, Nikolaus. Ya habrás cumplido tu misión importante, por la que tendrían que pagarte, no ya como hasta ahora unos cuantos miles de dólares, sino mucho dinero… Demasiado dinero. Si no te pagasen, quedarías decepcionado, y sería de temer que te volviesen contra tus actuales amos… Ellos lo saben, así que, además de no pagarte, te matarán, para evitar que te revuelvas contra ellos, que hagas delaciones… ¿De verdad no lo entiendes?

—Escuchará pocas verdades como ésas en su vida, Van Heroultz —susurró Aaron Foreman.

El holandés miró furiosamente al traidor a la CIA.

—¿Qué le pasa, Foreman? —gruñó—. ¿Acaso está, ahora, apoyando la supervivencia de Baby?

—A mí me importa un pito la supervivencia de Baby —replicó,

ásperamente, Foreman—. Pero ella está diciéndoos cosas que sucederán. De todos modos, allá usted. Lo único que yo quiero es mi millón de dólares.

—Pues empiece a ganarlos de verdad —sonrió cruelmente el holandés—. Usted será el primero en comenzar a *convencer* a esta estúpida de que debe hablar. Adelante con ella, Foreman. Y no quiero volver a oír hablar de nada que se aparte de mis planes, tal como los he proyectado. Empiece.

Aaron Foreman encogió los hombros, y se acercó a Brigitte, que le miró directamente a los ojos, fijamente. El espía traidor alzó la mano derecha, y la disparó con fuerza contra el rostro de ella, que giró violentamente hacia un lado. Luego hacia el otro, hacia el anterior, de nuevo hacia el otro…

Las bofetadas resonaban fuertemente, y eso era todo. Baby no emitió ni siquiera un gemido, ni un suspiro. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y en sus mejillas aparecían ya las rojas señales de los tremendos golpes…

—¡Eso son tonterías! —exclamó Erika—. ¡Déjame a mí, y verás cómo nos lo dice todo inmediatamente!

Se abalanzó contra Brigitte, y la derribó de un puntapié en el pecho, entre los senos. Atada a la silla, la espía internacional quedó de lado, lívido el rostro, jadeante la respiración ahora. El dolor en el pecho era terrible, atroz… Erika colocó la silla de modo que la prisionera quedó de espaldas al suelo, sobre el respaldo de la silla, con las piernas hacia arriba. Se arrodilló junto a ella, y colocó ante sus ojos los dedos índice y corazón de la mano derecha, extendidos, rígidos.

—¿Ves estos dedos? —gritó—. ¡Pues te voy a sacar los ojos con ellos, maldita! ¡Así, cuando estés ciega, podrás dedicarte a pensar más y mejor lo que te conviene! Mira, te voy a sacar los ojos… Así… ¿Te vas dando cuenta? Así, así, así…

Los dos dedos de Erika, como gruesas agujas, apretaban en los ojos de Brigitte Montfort, que comenzó a mover la cabeza desesperadamente, librándose de la presión. Pero Erika la asió con la otra mano por los cabellos, inmovilizándola.

—¡Estate quieta, puerca! —aulló—. ¡Déjame que arranque de tu maldito rostro esos lindos ojos…! ¡Así, así, así…!

—¡Ya está bien! —gritó Foreman, apartando a Erika de un

manotazo que la hizo rodar por el suelo—. Van Heroultz, ¿no comprende que esta idiota la va a matar? ¡Esta no es manera de comenzar un interrogatorio! ¿Qué podrá decirnos si muere?

—Creo que tiene razón —admitió el holandés, mirando a Erika —. Deja que sea Foreman quien se encargue de Baby, por el momento. Si es necesario, intervendrás tú.

—¡No quiero que la mires más, ni que ella te mire a ti! —gritó Erika—. ¡Ya me has hablado demasiado de ella, de su belleza, de…!

—No seas estúpida —gruñó Van Heroultz—. Vete a tu cuarto y deja de molestar. Luego nos veremos.

—La mataré —jadeó Erika—. ¡Yo seré quien la mataré…!

Salió de aquel dormitorio, mientras Foreman colocaba bien la silla en la que habían atado a Brigitte.

—Sea razonable —aconsejó—. Usted sabe muy bien que toda resistencia tiene un límite, Baby. ¿Qué gana, pasando malos ratos?

—Es que soy…, soy masoquista… —jadeó Brigitte.

—¿Hasta dónde piensa llegar? Lo sabe perfectamente: Terminará por ceder. Es mejor ceder, Baby.

—Váyase… al… al infierno, Simón…

¡*Plaf*!

Cuando cinco minutos más tarde, los cuatro hombres salieron de la habitación, la señorita Brigitte Montfort no necesitaba que nadie perdiese el tiempo vigilándola. Atada a la volcada silla, con el rostro rojo de golpes y de la sangre que brotaba de su nariz y de su boca, desvanecida, era la más exacta y representativa imagen de la derrota.

Capítulo VII

Se recuperó, cuando notó en su rostro aquel vivísimo dolor, como fuego.

Abrió los ojos, y vio ante ella el rostro de Jan Sweigger, sonriente, muy apretados los labios. Al abrir los ojos, Sweigger extendió los labios hacia delante, y otro chorrito de fuego salió hacia el rostro de la espía, que lanzó un alarido.

—Es whisky —dijo amablemente Sweigger—. A ustedes, los norteamericanos, les gusta mucho el whisky, ¿no es así?

Brigitte no contestó. Sentía el whisky en sus heridas de los labios, como si realmente fuese fuego. Movió la boca, y le pareció que era de cartón… Todo el rostro le parecía de durísimo cartón.

—La sesión va a continuar —informó Sweigger—. Y es una lástima, porque no quisiera estropear un cuerpo tan precioso. ¿Está segura de que no ha cambiado de idea?

Detrás de Sweigger estaban Van Heroultz, Foreman y Plank, mirando fijamente a la terca espía, que, tras mirarlos, volvió a mirar a Sweigger, y movió negativamente la cabeza. La silla estaba de nuevo bien colocada.

—De acuerdo —pareció resignarse Sweigger.

Alargó una mano, asió la ropa de Brigitte, y dio un tirón, arrancando muy buena parte. Con unos cuantos tirones más, dejó a Brigitte desnuda, salvo los jirones de ropa que las cuerdas apretaban contra su cuerpo.

Sweigger se quitó el cinturón, y lo hizo chascar en el aire. Luego, sin más preámbulos, lanzó el primer trallazo contra el cuerpo de Baby, que se estremeció tan fuertemente, que estuvo a punto de volcar la silla. Una roja marca de tres centímetros de ancho apareció cruzando en diagonal los senos de Brigitte. A los pocos segundos, apareció otra señal, cruzando la primera. Luego aparejó otra, y otra… Finalmente, sin haber despegado los labios, la

espía más peligrosa del mundo volvió a desmayarse.

Jan Sweigger se volvió hacia Van Heroultz, y se quedó mirándole, interrogante.

—¡Déjala! —el holandés miró al impávido Foreman—. Usted no me dijo que esta mujer era tan terca, Foreman.

—Yo no le dije eso, ni nada sobre ella, porque usted no me dijo que la había incluido en sus planes. Si me hubiese dicho eso, no habría aceptado trabajar para usted.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso no le gusta lo que estamos haciendo?

—No diga tonterías. Por un millón de dólares, a mí me gusta todo lo que usted haga. Pero las cosas deben estar bien claras: Usted fue a buscarme a Maracaibo, me dijo que tenía una buena oferta para mí, y cuando mencionó un millón de dólares, acepté en el acto, aun sabiendo que, naturalmente, sería algo contra la CIA. Pero usted no me dijo nada sobre la intervención de Baby. Si me hubiera hablado de ella, entonces, habría hecho caso omiso de sus palabras. Pero ahora ya es tarde, porque ella me ha visto, y, naturalmente, soy el primer interesado en que muera… Porque supongo que eso es lo que ocurrirá finalmente, ¿no es cierto?

—No.

—¿No? Escuche, Van Heroultz, el simple hecho de habernos metido con Baby ya es, de por sí, la mayor estupidez del mundo, puede estar seguro de ello…

—Vamos, Foreman, no sea infantil —gruñó Van Heroultz—. Es sólo una mujer…

—¿Qué duda cabe? —señaló Foreman el desnudo cuerpo—. Pero ya que estamos hablando de ella, le explicaré algunas cosas. En primer lugar, para que comprenda lo demás, le diré que si ella vino a Curaçao fue, básicamente porque yo, es decir, uno de sus Simones, había desaparecido. Y eso es lo que con toda seguridad moviliza a Baby, esté donde esté y esté haciendo lo que sea…

—Lo sé muy bien —rió Van Heroultz—. Por eso le hice venir a usted aquí y le he obligado a permanecer en mi casa. Para que ella saliese de su escondrijo, y viniese a mi terreno. En realidad, Foreman, esto es lo que deseaba de usted: utilizarle como un cebo. Y si no se lo dije fue porque tenía la seguridad de que no habría aceptado. En cambio, ahora, le conviene seguir conmigo… hasta el

final.

—De acuerdo en eso —mascullo Foreman—. Es una puerca jugada, pero la seguiré. No puedo permitir que se me escapen de las manos un millón de dólares. Ni, mucho menos, que Baby salga con vida de esto, pues eso sería fatal para mí… Y ahora, me dice usted que no piensa matarla al final.

—La voy a enviar viva hacia China. Con eso cobraré la recompensa que ofrecen los chinos, y proporcionaré a la CIA un rastro que la alejará de nosotros. ¿No le gusta el plan?

—El plan es bueno —admitió Foreman—. Pero, Van Heroultz, ya le he dicho antes que iba a hablarle de Baby. En primer lugar, ya veremos si engaña a la CIA tratándose de ella. No olvide esto: cientos de agentes de todo el mundo, con o sin permiso de la Central, vendrán a Curaçao, último lugar desde el cual se tuvieron noticias de la estancia de Baby. Quizá les engañe. Supongamos que sea así, y que Baby parte rumbo a China… Bueno: ella se escapará de China, o de donde sea. No importa adónde vaya, ni lo que hagan con ella. Van Heroultz, mientras Baby esté viva, la vida de todos nosotros no vale un centavo… ¿Me he explicado con claridad?

—Desde luego. Pero todo eso son fantasías, Foreman. Ella no es invencible, ya lo ve. Y cayó en la trampa como una estúpida…

—Cayó en una trampa en la que intervenía una pobre muchacha a la que habían asesinado a su padre. Mire, no tengo ganas de discutir, Van Heroultz. ¿Qué haremos, ahora?

El holandés miró a Brigitte, miró su reloj, y encogió los hombros.

—Son casi las dos de la madrugada… La dejaremos descansar unas horas y luego volveremos a por ella. El próximo turno te toca a ti, Plank.

—Encantado —sonrió éste.

El próximo tumo fue a las cinco de la mañana.

Plank encontró a la espía dormida, con la cabeza colgando flojamente. La asió de los cabellos para alzársela, y la despertó de una bofetada.

—Es para entrar en calor —pareció disculparse, Plank—. Voy a decirle una cosa: estoy de pésimo humor, porque a estas horas prefería estar durmiendo, como los demás. De modo que procure no irritarme demasiado. ¿Va a contestar a las preguntas de Nikolaus?

Brigitte dirigió la mortecina mirada hacia detrás de Plank. En efecto, no había nadie más allí…

—No sea tonta —rió él—. Está muy bien atada, y yo solo me basto para seguir con el juego. ¿Empezamos o prefiere hablar?

La divina espía ni siquiera se molestó en contestar. Plank le aplicó un puñetazo en el seno izquierdo, que la dejó sin aliento, con la boca desencajada, los ojos desorbitados… Y al instante, se desvaneció.

Othmar Plank se quedó mirándola, entre estupefacto y furioso.

—¡Maldita sea! —masculló—. Quizá la estamos golpeando demasiado. Y este golpe sobre el corazón ha podido matarla… Será mejor que me invente un buen cuento para explicarle a Nikolaus.

Se sobresaltó de pronto, pensando que quizá la había matado. Pero no… Puso una mano sobre su corazón, y lo oyó latir perfectamente. Suspirando aliviado, Plank se dirigió hacia la puerta.

—Le diré a Nikolaus que la estuve golpeando adecuadamente, y que volvió a desmayarse después de un buen rato… —reflexionó, con gran prudencia—. Lo que me sorprende es que no la hayamos matado.

Cuando la puerta se cerró, tras Plank, la cabeza de la señorita Montfort se alzó, con toda naturalidad. La azul mirada quedó fija allí unos segundos. Luego, tras suspirar profundamente, reemprendió sus esfuerzos por soltarse de las cuerdas que tan fuertemente la sujetaban.

El sudor volvió a chorrear por todo su cuerpo, debido a la angustia, al esfuerzo muscular, a la tensión…, pero las cuerdas no cedieron ni un milímetro tampoco esta vez. En cuanto al truco de simular desmayarse, acabaría por mosquear a Van Heroultz, y seguramente, no le concedería tanto tiempo entre sesión y sesión… La iría reanimando a medida que se fuese desmayando. Sí, en cuanto fuese de día, volverían todos a la carga, y no la dejarían en paz ni un segundo.

Una hora más tarde, empapada de sudor, Brigitte decidió que lo mejor era descansar.

Y segundos después, estaba verdaderamente dormida.

Los pasos resonaron en la habitación, y al instante, alzó la cabeza y abrió los ojos.

Lo primero que supo era que ya había amanecido, pues vio el

resplandor del sol. Es decir, que había dormido apenas una hora. Luego, vio a Nikolaus van Heroultz ante ella, mirándola fijamente. Estaba solo.

—Es usted muy terca —susurró el holandés—. Pero el tiempo va pasando, y esas centrales nucleares se van acercando a Sudamérica… Le voy a conceder tres horas de tranquilidad, para reflexionar… —miró su reloj—. Son las seis. A las nueve, volveremos. Y esta vez, dejaré que sea Erika quien la interrogue. Ella lo está deseando, créame… Y parece que sus ojos le resultan antipáticos. En cuanto a mí, supongo que una persona a la que se le hayan arrancado los ojos seguirá estando en condiciones de hablar. ¿Me entiende?

Brigitte no contestó.

—¿No quiere ahorrarse un mal rato? —insistió Nikolaus.

Silencio.

—Está bien: volveremos a las nueve.

Efectivamente. A las nueve de aquel espléndido día de sol, volvió todo el grupo: Van Heroultz, Plank, Sweigger, Foreman…, y Erika. Ésta se acercó a Brigitte, y sin más, le golpeó en la boca, con el dorso de la mano, mientras soltaba una carcajada.

—Lo hago sólo para asegurarme de que está despierta —dijo.

—¿Ha reflexionado? —preguntó Van Heroultz.

Baby ni siquiera se molestó en responder. Erika miró al holandés, que frunció el ceño, y asintió con la cabeza.

—Va a ser el más grande placer de mi vida —aseguró Erika.

Se acercó a Brigitte, le forzó la cabeza hacia atrás tirando de sus cabellos, y volvió a mostrarle los dos dedos. Luego, lentamente, comenzó a apretar. Brigitte lanzó un chillido, por fin, y Erika un rugido de alegría…

—¡No! —aulló Brigitte—. ¡No, por Dios…! ¡Basta, basta…!

Aaron Foreman saltó hacia Erika, y la apartó rabiosamente.

—¡Está diciendo basta! —gritó—. ¡Maldita idiota!, ¿es que quiere matarla, ahora que está dispuesta a hablar?

Van Heroultz los apartó a los dos, y se acercó a Brigitte, que tenía los ojos cerrados, el rostro descompuesto en una mueca de dolor… El sudor apareció de nuevo en su agitado cuerpo. Parecía estar ahogándose…

—Muy bien, Baby… ¿Tiene preparadas esas respuestas?

La cabeza de la espía se movió afirmativamente, con gran energía, mientras gemía y parecía hacer esfuerzos por separar los párpados.

—De acuerdo: ruta, día y hora de llegada, y lugar exacto. La estamos escuchando.

—Están navegando… —la voz de Brigitte pareció romperse, y tras suspirar profundamente y carraspear, siguió—: Están navegando por el… por el meridiano ciento veinte, exactamente…, desde… desde el lugar de embarque, cerca… de… de Los Ángeles… Seguirán siempre ese meridiano, hasta el… el paralelo veinte Sur, formando… un cuadrante perfecto hasta… hasta llegar al meridiano ochenta, en… en la Cuenca Peruana… Quiero… quiero… necesito agua…

Dejó de hablar, agitado el pecho, falta de aire…

—Traedle agua —ordenó Van Heroultz.

Plank salió corriendo de la habitación, y regresó apenas en medio minuto, con una jarra llena de agua. La acercó a la boca de Brigitte, que bebió con gran cuidado, y por fin abrió los ojos, que se veían enrojecidos.

—¡Siga! —exigió Van Heroultz.

—Sí, sí. Cuando lleguen a la coordenada de los ochenta grados longitud Oeste y los veinte grados latitud Sur, en la Cuenca Peruana, tomarán el rumbo en línea… en línea recta hacia su lugar de destino…

—¿Cuál es ese lugar?

—La Bahía… la Bahía Alcotán…

—Día y hora de llegada previstos.

—El domingo… el domingo día veintiséis a las veintitrés horas…

—Viajan muy despacio, ¿no? —desconfió el holandés.

—Eso… eso no es cuenta… mía… Quiero… quisiera un poco más de… de agua…

Plank miró a Van Heroultz, que asintió. Esperó a que Baby volviese a beber, y se quedó mirándola amenazadoramente.

—Quiero que sepa que hasta que yo y los hombres que están esperando no hayamos terminado ese trabajo, usted permanecerá aquí; no será enviada a China hasta entonces. Le digo esto, Baby, porque si me ha engañado, es mejor que lo diga ahora. Piénselo

bien. Si yo regresase fracasado de ese trabajo…

Brigitte desvió la mirada hacia Erika, y suspiró con profundo trémolo.

—Le he dicho la verdad…

—Ya se lo advertí… —gruñó Foreman—. ¿Qué ha ganado con soportar el castigo, idiota?

Brigitte Montfort dejó caer la cabeza sobre el pecho, derrotada, mientras Erika comentaba:

—Nos hemos divertido un poco, ¿no? —y se echó a reír.

—Vamos todos abajo —dijo Van Heroultz, pero se detuvo en seco—. Un momento, un momento. ¿Qué protección lleva ese convoy?

—Son tres embarcaciones… Dos de ellas llevan las centrales, y la otra las cargas de uranio. Creo que llevan cuatro o seis buques de escolta, eso no lo sé con seguridad… Pero sé que… que dejarán solos a los cargueros cuando lleguen al límite de las cien millas…

—Será mejor que no haya mentido —murmuró Van Heroultz—. Venid todos conmigo.

Capítulo VIII

Casi una hora más tarde, a través de la ventana, Brigitte oyó el zumbido del motor de un coche, alejándose. Y apenas cinco minutos más tarde, la puerta del cuarto se abrió, y apareció Aaron Foreman sigilosamente, cerrando tras él con todo cuidado. Brigitte se quedó mirándolo fijamente, mientras el espía se acercaba a ella. Se detuvo delante, y durante unos segundos la estuvo mirando, muy pálido. Luego, comenzó a desatarla, musitando:

—Santo Dios, lo que le hemos hecho, Baby…

—¿Dónde está Van Heroultz?

—Se ha ido, con Plank y Sweigger, en uno de los coches. Van a Willemstad, donde Van Heroultz tiene un comando de hombres esperando hace días. Les dará instrucciones, y ellos partirán hacia un lugar adecuadamente cercano a la Bahía Alcotán, a fin de tener preparado todo el material para destrozar y hundir las centrales nucleares, precisamente en la Cuenca del Perú.

—Según parece, Van Heroultz es un… estratega rápido y eficiente.

—Sí, lo es.

—¿Él va a volver aquí?

—Sí. Se irá el sábado por la mañana, para llegar de noche al lugar de la reunión y asegurarse de que todo estará bien preparado para el domingo por la noche.

—¿Y Plank y Sweigger?

—¡Oh, ellos van siempre con él! En realidad, son sus guardaespaldas y ejecutores.

—¿Es decir, que volverán los tres?

—Sí.

—¿Quiénes han quedado en la casa?

—Erika, yo, D'Arsonval, Moissan y Laennec. Bueno, y algunos empleados de las cuadras…

—¿No hay criados?

—Están en Willemstad, haciendo compras.

—¿Hay más coches en el garaje?

—Sí, claro… Van Heroultz tiene tres coches.

—¿Qué le parece? Y decía que odiaba el petróleo, que prefería ir en carrito… ¿Y todo eso lo obtiene de su negocio de curaçao?

—Es cierto, desde luego. Pero entiendo que hace años que está ganando mucho más dinero con el espionaje, que con lo demás. No me pregunte para quién trabaja, porque no lo sé. No me lo ha dicho.

—Supongo que usted sabe que lo van a matar, Simón… Quiero decir que ésas son sus intenciones.

—Claro que me he dado cuenta, finalmente. Pero no la estoy ayudando por eso, ni porque espere misericordia de usted, ya que, al fin y al cabo, he traicionado a la CIA por dinero. Sí, estaba dispuesto a cualquier cosa por ese millón de dólares, lo admito… A cualquier cosa, menos a permitir que usted sea eliminada. Lo que ocurrió…

—Lo sé… —sonrió Brigitte—. Cuando hablaron usted y Van Heroultz de eso no estaba desvanecida: lo fingía.

—Muy propio de usted… —sonrió desganadamente Simón—. ¿No me comprendió, cuando le dije que era mejor ceder? Sabía que en cuanto Van Heroultz tuviese los datos, se iría de la casa con Sweigger y Plank, y eso era lo que yo quería, para ayudarla a escapar. Siento haberla golpeado, y haber permitido que lo hagan, pero soy el único en esta casa al que no le permiten tener un arma… Tenía que esperar la ocasión, confiarlos.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo? Es usted un traidor a la CIA, Simón: y me está ayudando a escapar. ¿Cree que, por esto, tendré consideraciones con usted?

—No me importa. Lo único que sé, es que no seré yo el hombre que traicionó a Baby. A la CIA, bueno. Pero a usted, no… Y me tiene sin cuidado lo que me ocurra. Aaron Foreman es un agente de la CIA, pero si bien esto no le importa, sí le importa ser un Simón… No sé si me entiende.

—¡Está loco! —movió la cabeza Brigitte—. ¿Cómo se le ocurrió el disparate de convertirse en un traidor?

—Estaba harto… Harto de todo. ¡Malditas cuerdas…! Ese perro

de Sweigger la ató bien… ¡Ah! Ya están las manos. Le desat…

—¡Ssst!

—¿Qué…?

—Creo que viene alguien… ¡Detrás de la puerta!

Foreman corrió hacia la puerta, y se pegó a la pared, en la parte de los goznes. Contuvo la respiración, y entonces oyó claramente el taconeo… Tan sólo tres segundos más tarde, la puerta se abría completamente, y Erika entraba con ímpetu en la habitación, mirando a Brigitte, muy sonriente, mostrando unas tijeras.

—He encontrado algo mejor que mis dedos para tus ojos —dijo —. Y ahora que Nikolaus no está, voy a…

Erika oyó cerrarse la puerta cuando estaba a un metro de Brigitte, y se volvió, sorprendida… En cuanto vio a Foreman, comprendió lo que había ido a hacer allí, pues de otro modo, el agente norteamericano no se habría escondido de ella. Fue una revelación velocísima. Y la reacción de Erika no lo fue menos: dejó caer las tijeras, metió la mano en el escote, y sacó la pistola rápidamente…

Todavía con los pies atados a la silla, Brigitte se abalanzó hacia delante, como si fuese a darse una zambullida. Sus dos puños, juntos, golpearon a Erika en los riñones, que lanzó un grito y cayó hacia delante, de rodillas.

Inmediatamente, se volvió, vio a Brigitte en el suelo, con las manos libres, y se olvidó en el acto de Foreman. Un destello de odio apareció en sus ojos, mientras alzaba la pistola hacia la espía internacional.

—¡Asquerosa espía, te…!

La mano derecha de Baby se movió, lanzando las tijeras, al mismo tiempo que se echaba hacia un lado, arrasando de nuevo la silla con sus pies. Se oyó el brevísimo silbido, y, en seguida, el espantoso alarido de Erika, que soltó la pistola estremeciéndose, vibrando con una fuerza terrible al recibir, en sus ojos, las tijeras. Cada hoja de éstas se hundió en un ojo, y durante un segundo, la horrorosa imagen de Erika estuvo en las azules pupilas, hasta que la mujer cayó hacia delante, todavía temblando en sus labios el agudo grito.

Brigitte se apresuró a arrastrarse hacia ella, y recogió la pistola del suelo. Se volvió hacia Foreman, que estaba como clavado al

suelo, desencajado el lívido rostro.

—Deben haberla oído —exclamó Brigitte—. ¡Apártese de la puerta!

Foreman se acercó, y le dio la vuelta a Erika. Se quedó helado al ver las tijeras hundidas en las cuencas sangrantes… Cuando miró a Brigitte, ésta se había soltado ya los pies, y se incorporaba. Pero, nada más puestos los pies en el suelo, la espía se derrumbó.

—No puedo caminar —jadeó—. He estado demasiado tiempo atada. ¡Quítele la ropa a Erika, pronto!

Aaron Foreman volvió a mirar a Erika, y, como un autómata, se inclinó sobre ella, y comenzó a quitarle la blusa… Mientras tanto, Brigitte había dejado la pistola en el suelo, y se estaba dando masajes en los tobillos con las manos, lo cual servía para que éstos entrasen en reacción total al mismo tiempo… Foreman tiró la blusa hacia ella, y luego la falda, y Brigitte se puso rápidamente ambas prendas, sin levantarse todavía.

La puerta se abrió de pronto, y apareció D'Arsonval, pistola en mano.

—¿Qué…?

¡Pack!, restalló el disparo efectuado por Baby con la pistola de Erika.

D'Arsonval lanzó un berrido, y desapareció fuera de la habitación. Se oyó el choque de su cuerpo contra la pared de enfrente del pasillo, y luego al caerse al suelo. Al mismo tiempo, en el pasillo se oían exclamaciones, y ruido apresurado de pies, alejándose. Por la ventana se oían voces asustadas en el exterior.

—La pistola —señaló Brigitte hacia el pasillo.

Foreman comprendió. Se asomó cautelosamente, no vio a nadie y recogió la pistola de D'Arsonval. Cuando regresó al dormitorio, Baby estaba intentando ponerse en pie, pero sin conseguirlo todavía.

—Tenemos que darnos prisa… —dijo Foreman—. Déjeme ayudarla. La llevaré en brazos…

—Mejor en la espalda. Así los dos podremos disparar si es necesario.

Foreman captó en seguida la idea. Se colocó a Brigitte en su espalda. Ella se sujetó a su cuello con el brazo izquierdo, y flexionó las piernas sobre las caderas de Foreman, que le cogió una con el

brazo izquierdo. Y así, jinete sobre el traidor, Baby salió del dormitorio, ojo avizor… Las voces del exterior llegaban, ahora, más amortiguadas, y dentro de la casa parecía que no había nadie, tal era el silencio.

Estaban a mitad de la escalinata que descendía hacia el vestíbulo cuando Laennec apareció de pronto por un lado, alzando la pistola y gritando:

—¡Moissan, que están baj…!

Disparó a la vez que Foreman y Brigitte, pero mucho más nervioso y descontrolado. Su bala rebotó en un peldaño, cerca de los pies de Foreman. Y mientras tanto, recibía en pleno pecho las dos balas disparadas por los agentes de la CIA. Saltó, sin dejar de chillar, y tras caer de espaldas fue resbalando por el brillante mosaico, mientras Aaron Foreman terminaba de bajar las escaleras a toda prisa…, y Moissan aparecía en la puerta del salón, con la pistola preparada…

¡Pack!, disparó Brigitte.

Moissan giró, y cayó de bruces en el umbral, más adentro que fuera del salón. Foreman corrió hacia allí, lo vio revolverse, manchado el pecho de sangre, pero tanteando en busca de su pistola… El espía disparó, y Moissan dejó de sentir preocupación por todo lo existente en este mundo.

Tras el estampido del disparo comenzó a oírse, por la gran puerta-ventana del salón, el rumor de voces excitadas, gritos…

—¡No vamos a poder salir! —exclamó Brigitte—. ¿Dónde dejaron mi maletín?

—No lo sé…

—Déjeme en un sillón y búsquelo, ¡pronto!

Foreman la depositó en un sillón, de cara a la puerta-ventana, y se dio una vuelta por el salón, a toda prisa. Lanzó una exclamación, y alzó el maletín de sobre una mesita, mostrándolo a Brigitte.

—¡Aquí está!

—¡Tráigalo! ¡Y vigile la puerta!

El espía le entregó el maletín, y salió del salón. Brigitte lo abrió tras colocarlo sobre sus rodillas, y comenzó montar rápidamente el tubo-fusil, con el trípode de aluminio y el secador de cabello. Mientras tanto, dirigía veloces miradas a la puerta-ventana… Pero nadie apareció por allí, ni se oyeron disparos en la puerta de la

casa. Se metió en la boca con todo cuidado cuatro cápsulas de gas, y se dejó caer de bruces al suelo, arrastrándose hacia la salida al jardín. Una vez allí, miró al exterior, y vio a varios hombres delante del garaje, situado a la derecha, a unos cuarenta metros.

Habían abierto las puertas, y parecían esperar algo, mientras miraban hacia la casa, pero sin ver a Brigitte, que cargó rápidamente una cápsula de gas en el tubo-fusil, apuntó, y disparó.

Vio perfectamente a uno de los hombres llevarse la mano al pecho. Inmediatamente, éste y los tres que había con él, cayeron fulminantemente dormidos… Casi al mismo tiempo, del garaje salía un coche, tan lanzado que evidentemente el conductor no pudo hacer nada por evitar pasar por encima de dos de aquellos hombres. El coche rebotó, pareció saltar, y unos metros más allá se detuvo. Un hombre salió precipitadamente, mirando con ojos desorbitados a los que yacían en el suelo. De pronto, respingó, miró hacia la casa, y se metió a toda prisa dentro del coche, de nuevo al volante.

El coche arrancaba otra vez en el mismo instante en que Brigitte disparaba la segunda cápsula.

Pareció que había fallado, pues el coche siguió adelante… Pero, de pronto, su marcha se desvió, saltó por encima de unos arbustos de flores, y fue a estrellarse de frente contra una de las palmeras del jardín.

Y tras el fragor de este golpe, el silencio.

El silencio absoluto.

Brigitte metió otra cápsula en el tubo-fusil, y estuvo esperando, mirando a todos lados, durante no menos de cinco minutos.

Proseguía aquel silencio absoluto, inaudito.

Lentamente, se puso en pie. Esta vez, pudo sostenerse bastante bien. Se dirigió hacia la puerta que comunicaba el salón con el vestíbulo, se asomó, y vio a Foreman de pie ante una ventana, junto a la puerta, pistola en mano.

—Me parece que ya están todos —dijo, articulando mal.

—¿Qué ha pasado con el coche? No he oído disparos, ni… ¿Qué es eso?

Brigitte se quitó la última cápsula de la boca, y regresó al interior del salón, haciendo una seña a Foreman, que fue tras ella. El traidor se quedó mirando el tubo-fusil y ya no comentó nada, mientras ella guardaba cuidadosamente la cápsula que había tenido

en la boca y la última que había introducido en el artefacto.

—Vamos a dar una vuelta por ahí fuera, antes que nada… —dijo Brigitte—. Y con mucho cuidado.

Capítulo IX

Una hora más tarde, la situación estaba bien clara. Solamente ellos permanecían en pie en la casa… Y los caballos en las cuadras. El coche estaba de nuevo en el garaje, tras remolcarlo Foreman con el otro. Los dos hombres atropellados habían muerto, y los otros dos fueron dejados en las cuadras, sobre un montón de paja. Erika, D'Arsonval, Laennec y Moissan, habían sido colocados en una habitación, arriba…

Allí todo era paz y silencio.

Como si nada hubiese ocurrido.

Y Brigitte, desalentada, dejó de intentar el contacto con algunos agentes de la CIA por medio de la radio de bolsillo, cuyo alcance no resultaba suficiente en esta ocasión. Foreman, que la contemplaba sombríamente, insistió:

—Deberíamos ir a Willemstad a que la viera un médico. Mientras tanto, yo buscaría a Van Heroultz.

—No. Si abandonamos esta casa, corremos el riesgo de que Van Heroultz regrese, y al ver lo que ha sucedido, desaparezca.

—Y si no vamos en busca de él, preparará todo para atacar ese convoy que…

—Vamos, Simón, no sea niño —le miró Brigitte, con el ceño fruncido—. ¿Cree que le he dicho la verdad a ese holandés?

—¿No?

—Por el amor de Dios, ¡claro que no! Justo cuando él y sus hombres se reúnan el sábado por la noche donde sea, el convoy estará llegando a su destino, por una ruta diferente a la que he mencionado.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Si Van Heroultz se hubiese enterado de eso, y todavía la tuviese a usted prisionera entonces, le habrían sacado los ojos, y las tripas, y…

—Dejemos a un lado las suposiciones. Lo cierto era que yo

esperaba su ayuda.

—¿Mi ayuda? —respingó Foreman.

—Claro… —ella le miró sonriente—. Todavía no he conocido a ningún Simón capaz de venderme. Si así fuese, ya estaría muerta.

—Entonces… ¿usted ha jugado con la carta de mi lealtad hacia Baby?

—Sí. Aguanté lo que pude, y entonces hice lo que usted me había sugerido tan hábilmente: cedí. Y por supuesto, a partir de ese momento, sabía que usted se las arreglaría para ayudarme, ya que no podía hacerlo antes. Había que hacer las cosas con propiedad, Simón, de modo que resultasen verosímiles. Ahora, usted ha elegido entre seguir con Van Heroultz o conmigo. Si seguía con él, tenía que estar contra mí, y como no está dispuesto a eso, es obvio que está de mi parte. ¿O no?

—Usted es fantástica… —rió, entre dientes, Foreman. Y yo soy el mayor idiota del mundo: jamás en la vida volveré a tener otra oportunidad de conseguir un millón de dólares.

—Nunca le habrían pagado.

—Bien… —suspiró el espía—. Por lo menos, me sentí millonario durante unos días. ¿Qué piensa usted hacer con respecto a mí?

—No lo sé.

—Supongo que informará de mi traición a la Central.

—No lo sé.

Aaron Foreman estuvo unos segundos escrutando aquel bello rostro ahora deformado por las hinchazones y las manchas de sangre.

—Creo que deberíamos hacer algo para que vuelva a estar hermosa… —musitó—. Un baño caliente y unas curas adecuadas le proporcionarían mejor aspecto. Y a lo mejor, en la bañera tiene alguna idea acertada para esta situación.

—No perdemos nada con probar —sonrió Baby.

Otra hora más tarde, todo seguía igual, excepto que Brigitte Montfort había reparado en lo posible los desperfectos de su rostro, que estaba inflamado y enrojecido… Pero no era la primera vez, y sabía que en dos o tres días, prácticamente, no se le notaría nada.

—Tengo una encarnadura especial… —dijo—. A veces pienso que soy de goma, o algo parecido.

Aaron Foreman movió admirativamente la cabeza, e insistió en

el tema que le preocupaba:

—Yo sí he tenido una idea que me parece buena: usted se va a Maracaibo mientras yo…

—No.

—Oiga, tal como están las cosas, yo tengo que esforzarme en eliminar a Van Heroultz, pues, de lo contrario, sería él quien me buscaría a mí…, y ya voy a tener bastantes complicaciones con la CIA para dejar atrás a ese tipo. Así están las cosas, y hay que aceptarlo. De modo que yo lo espero aquí, y usted se va a Maracaibo, en avión… Una vez allí, su radio alcanzará nuestra emisora. Se pone en contacto con los muchachos de allá, y vienen todos. Quizá tengan tiempo de asistir a los festejos finales. ¿Qué le parece?

Brigitte frunció el ceño, vaciló…, y, en aquel momento, oyeron el rumor de un coche, acercándose. Se miraron, y Foreman hizo una seña para que ella no se moviera. Fue él quien se acercó a la puerta-ventana a echar un rápido vistazo.

—Ahí llega Van Heroultz —exclamó.

—De donde se desprende —dijo fríamente Brigitte— que los festejos finales están muy cerca. ¿Van hacia el garaje?

—No… Parece que van a detenerse delante de la tasa… Se han detenido. Espere… Veo a Plank y a Sweigger, pero no a Van Heroultz. No… Él no ha venido. ¡Maldito sea…!

—Cálmese. ¿Van a entrar en la casa?

—Sí. Caminan directamente hacia la puerta… Desde aquí mismo podríamos…

—Insisto en que se calme. ¿Ellos tienen llave?

—Sí… Claro.

—Pues entonces…

Plank introdujo la llave en la cerradura, mientras Sweigger miraba hacia las cuadras, huraño.

—Esa maldita gente de los caballos se dedican a dormir, en cuanto Nikolaus vuelve la espalda —masculló.

—¿Qué demonios importa eso, ahora? —replicó Plank, abriendo la puerta.

Entraron los dos, y Plank empujó la puerta. Cuando se volvió, Sweigger estaba ya mirando a Aaron Foreman, que había aparecido en la puerta del salón con un vaso en la mano.

—¡Ah, son ustedes…! —casi bostezó el de la CIA—. ¿Y Van Heroultz?

—Nos está esperando —dijo Plank—. Hemos venido a buscar una cosa que necesita. Ve a buscar eso, Jan.

Sweigger se dirigió hacia el despacho, y Plank pasó junto a Foreman, entrando en el salón. Miró alrededor, y alzó las cejas.

—¿Dónde están los demás? —se sorprendió.

—Aquí todo el mundo duerme a cualquier hora… —refunfuñó Foreman—. Están arriba. Esto parece una tumba. Me he puesto a leer mientras bebía algo, pero me estaba durmiendo también. ¿Todo marcha de modo conveniente?

—Sí, sí.

—Me alegro. ¿Dónde está Van Heroultz?

Plank le dirigió una mirada de curiosidad, como divertido.

—Está en un yate llamado *Marazul*, ultimando ciertos detalles, con unas personas.

—¿En Willemstad?

—Naturalmente. ¿Qué está bebiendo, Foreman?

—Lo primero que me ha venido a mano. ¿Quiere un trago?

—No. ¿Ha habido alguna novedad por aquí?

—¡Ojalá! Me estoy muriendo de asco… ¿Qué han venido a buscar ustedes?

—El fichero de Nikolaus. Parece que sus amigos quieren echarle un vistazo.

—¿Un fichero? No sabía eso… ¿Qué contiene?

—Detalles. Nombres. Fechas. Cosas.

—Ya… Sí, entiendo. Mucho cuidado, Plank. Quizá esa gente quiere ese fichero porque pretende quedárselo antes de eliminar a Van Heroultz… y a ustedes.

—Nikolaus no es precisamente un tonto. Ya ha previsto esto, pero es lo bastante astuto para seguirle el juego a cualquiera. Tiene dos juegos de copias de ese fichero. Nosotros vamos a llevarle una copia, se la dejaremos en el coche, y nos iremos con la otra. Él saldrá del yate, llevará la copia a sus amigos, y si éstos intentan algo, tendrán que cargar con las consecuencias de lo que hagamos nosotros con la otra copia. Por ejemplo, enviarla a la CIA.

—¡Vaya…! —sonrió Foreman—. ¡No es tonto, no! Pero, de todos modos, sería conveniente que…

Sweigger apareció en el salón, con un portafolios.

—Othmar, esto ya está. ¿Nos vamos?

—Sí… —asintió Plank; se quedó mirando dubitativamente a Aaron Foreman—. Bueno, Foreman, tenemos un recado de Nikolaus para usted. Es algo importante, que deberá tener muy en cuenta.

—Por supuesto —asintió Foreman—. ¿De qué se trata?

—Poca cosa —sonrió Sweigger—: sólo esto…

En realidad, fueron movilizadas tres pistolas, pero sólo dos de ellas dispararon. Una, fue la de Sweigger, que la sacó rápidamente y disparó contra Foreman. Su acción fue tan inesperada, que el agente de la CIA no pudo hacer nada. Ni siquiera tuvo tiempo de moverse. La bala le alcanzó, y lo derribó de espaldas, mientras el vaso salía disparado hacia el techo. Plank sacaba su pistola entonces, dispuesto a colaborar rematando a Foreman, pero no tuvo tiempo.

La segunda pistola entró en acción. Pero no fue la de Plank ni la de Sweigger. Los dos secos disparos restallaron detrás del sofá, seguidos, velocísimos… Sweigger, que se disponía a disparar de nuevo, recibió la bala en el centro de la frente, y saltó hacia atrás lanzando un breve chillido, soltando el portafolios. Plank, desorientado, sólo tuvo tiempo de volverse hacia el sofá, ver aquel rostro magullado, los ojos azules…, y la segunda bala disparada por Brigitte le entró por la boca, destrozando los dientes centrales y saliendo por la nuca, con escalofriantes salpicaduras de sangre y cabellos.

Convencida de la efectividad de sus disparos, Brigitte se desentendió por completo de los dos asesinos, y corrió junto a Foreman.

—Simón… —gimió—. Simón, no he podido…

El agente de la CIA alzó una mano, sonriendo.

—No se preocupe, esto no es nada. Ayúdeme a levantarme, eso es todo.

—Pero ¿dónde le han dado? Tengo en mi maletín…

—No, no. Es un rasguño, de veras. Eso es… ¡Caramba!; se está mejor de pie que tumbado. Vaya un par de cerdos, ¿eh?

—Ya le dije que querrían matarlo. Y ahora que las cosas estaban a gusto de Van Heroultz, ha aprovechado este viaje de sus amigos para ordenar que le matasen.

—Sí… Hay cosas que cuanto antes se hagan, mejor. Vamos a…

—Está sangrando. Déjeme que…

—Oiga, ¿qué le pasa? ¡Claro que estoy sangrando, ya que lo que tengo en el cuerpo es sangre! Déjese de tonterías y vamos al muelle. Esta es una ocasión única para meterles mano a ciertas gentes. ¿O prefiere que Van Heroultz tenga tiempo de alarmarse, y se largue en ese yate?

—De todos modos, espero poder comunicar pronto con Maracaibo, y ese yate no irá muy lejos —dijo duramente Brigitte—. Pero tiene razón: vamos a ver qué pasa allí. Quizá podamos arreglar las cosas con elegancia.

—¡Pero qué elegancia ni qué nada…! Lo que hay que hacer es cargarse a ese holandés cuanto antes. Iré a buscar… No… —se echó a reír—. ¡Pero si tenemos ahí mismo el coche que nos conviene! ¿No piensa recoger ese portafolios?

—Simón: ¿de verdad está… bien?

—Bien, no… —admitió Foreman—. Pero puedo seguir en el juego. De todos modos, será mejor que conduzca usted. Mientras tanto, yo iré echando un vistazo al portfolios, y le iré diciendo lo que contiene… Bueno, perdone: estoy olvidando que siempre es usted quien da las órdenes, esté donde esté y trate con quien trate. ¿Qué hacemos?

—Creo que lo primero de todo es recoger el portafolios —dijo Brigitte Montfort.

Uno de los tripulantes del yate *Marazul* bajó al saloncito donde estaban reunidos Van Heroultz y otros hombres que le contemplaban amistosamente. El tripulante dijo algo, y uno de los sonrientes personajes miró afablemente a Van Heroultz.

—Su coche está de regreso, Nikolaus.

—¡Oh, bien…! Iré a buscar todo eso…

—¿Para qué? Sus hombres lo…

—No… —sonrió Van Heroultz—. Mis hombres no van a subir a bordo ya. Si no se han ido en estos momentos, me esperarán, me entregarán la copia de ese fichero, y se irán.

—¿La… copia?

—Sí: la copia. ¡Oh!; pero no tiene importancia… Yo soy muy cuidadoso: solamente mis hombres y yo sabemos dónde está y cómo manejarla en caso de necesidad. Ustedes no deben preocuparse por

nada.

—¿Está loco? Si esa copia fuese a parar a manos de la CIA, por ejemplo…

—¡Oh, no, descuiden…! Ya les digo que soy muy cuidadoso, de modo que mientras yo esté vivo, nadie tendrá acceso a esa copia. Bueno, voy a por la que han traído mis hombres. En seguida estoy de vuelta.

Se dirigió hacia la escalerilla que llevaba a cubierta, sonriendo. Cuando llegó arriba, miró hacia el muelle, y en seguida vio el coche. Vacío, desde luego, tal como les había ordenado a Plank y a Sweigger.

Descendió por la escalerilla sin dejar de sonreír, recordando los ceñudos gestos finales de sus *amigos*. ¿Con quién se habían creído que trataban? ¿Con un imbécil?

«Desde luego —pensó—, tienen que haber entendido muy bien lo que he dicho».

Hacía un sol terrible, y Van Heroultz caminaba con los ojos entornados. Por fortuna, aquel asunto, que le permitiría retirarse para siempre, muy pronto terminaría, y, lo quisieran o no, tendrían que pagarle el dinero prometido. La cosa había quedado bien clara. Luego, estaba el dinero que cobraría por Baby… En realidad, cinco o seis millones más o menos ya no tendrían importancia, pero el dinero es algo que nunca molesta. Cuanto más, mejor… Al pensar en Baby, hubo un breve gesto sombrío en el rostro de Nikolaus van Heroultz, porque, una vez más, se preguntó si realmente estaba dispuesto a entregarla a los chinos. Era tan hermosa…

Llegó en aquel instante junto al coche, abrió la portezuela, y se inclinó, para recoger el portafolios que debía estar en el asiento.

Pero no.

En el asiento no había portafolios alguno.

En cambio, tendida allí, fijos en él sus ojos asombrosamente azules, increíblemente grandes, estaba Baby, mirándolo con fijeza escalofriante, de abajo arriba. La visión de aquel rostro magullado fue un impacto para Van Heroultz, que se quedó petrificado, incapaz de la más insignificante reacción, abierta la boca en un gesto de incredulidad, de desconcierto.

—¡Adiós, Nikolaus! —dijo Brigitte *Baby* Montfort.

—¡No me…!

Plof.

La bala se hundió en el pecho de Van Heroultz, cuya mandíbula inferior se estremeció fuertemente. Sus ojos se desorbitaron, sus manos se movieron hacia el pecho, como queriendo llegar al corazón y arrancar de allí aquella pequeña bala que había acabado con su vida en una fracción de segundo… Estaba cayendo hacia delante, hacia Brigitte Montfort, pero ésta le apoyó en la frente el cañón de la pistolita, y lo empujó fuera del coche, como si fuese basura.

Cerró la portezuela, se enderezó, puso el coche en marcha, y se alejó de allí, tranquilamente. Tenía bastante experiencia en casos como aquel: cuando realmente la gente se fijase en Van Heroultz y comprendiese que algo verdaderamente serio estaba ocurriendo, y llamasen a la policía, etcétera, etcétera, etcétera…, ella estaría muy lejos de allí.

Alzó la mirada, sonriente, hacia el espejo retrovisor, para contemplar a Foreman, que, como ella, se había tendido, en el asiento de atrás. Y allá seguía, la mar de cómodo.

—Solamente faltan los del yate… —dijo la divina espía, muy atenta a la marcha del coche—. Dejaremos este coche en cualquier parte, tomaremos un avión o un helicóptero hacia Maracaibo, y daremos el aviso. Los que van a ir a esperar el convoy con las centrales nucleares no tienen importancia, los olvidaremos. Pero a esos del yate les saldremos al paso: son unos asesinos.

Giró a la izquierda, luego a la derecha… La amplia avenida bordeada de palmeras apareció ante ella, como una ruta de frescor y de paz.

—Con una sola carga lanzada desde un helicóptero tendremos suficiente… —continuó Brigitte—. Esperemos que le sirva de lección a alguien. Sólo que, en espionaje, nadie escarmienta nunca lo suficiente. Por ejemplo, a mí me han tendido tantas trampas ya, que parece imposible que todavía me sigan engañando. Y sin embargo, aquí me tiene, con la cara pisoteada, por ingenua. ¿Se da cuenta? ¡Ingenua, después de tantos años de espionaje! He conocido gente de toda clase… Incluso traidores como usted, Simón. Una vez, en Istanbul… ¿Simón? ¿Simón?

Miró hacia el espejo retrovisor, pero Simón seguía tendido. Súbitamente pálida, Brigitte apartó el coche de la carretera, frenó, y

se volvió en el asiento.

—¡Simón!

Salió del coche, entró en el asiento de atrás, y se inclinó sobre el espía. Éste yacía boca arriba en el asiento, con los ojos muy abiertos, y una extraña sonrisa en los labios. Más bien, una mueca… Le tocó la frente, y la notó fría. Le puso la mano en un lado del cuello, y entonces reparó en la gran mancha de sangre que empapaba el pecho de Aaron Foreman, y el asiento…

—Simón… —gimió Baby—. Simón, Simón, Simón…

Este es el final

—¿Por eso ha enviado a mi chófer a comprarle cigarrillos? —musitó Cavanagh—. ¿Para qué no escuchase la verdadera historia de Aaron Foreman?

—Sí —asintió Brigitte.

Mister Cavanagh miró hacia las pistas del aeropuerto Foster Dulles, de Washington, adonde había ido a esperar a la agente Baby a su regreso de la última misión encomendada por la CIA. Una misión que, como siempre que intervenía Brigitte Montfort, había tomado cauces insospechados, mucho más importantes de lo que inicialmente parecía.

—Entiendo —dijo, de pronto, Cavanagh— que el yate *Marazul* fue hundido por usted y los agentes de Maracaibo, y que en este portafolios que me ha traído —lo alzó— hay una documentación interesantísima sobre esa red de espionaje en Sudamérica.

—Sí. Y supongo que también está enterado de que las centrales nucleares llegaron a su destino sin novedad. Lo único que falta es que usted autorice la retirada del cadáver de Simón del… frigorífico donde lo tienen los agentes de Maracaibo.

—Según eso, usted quiere que sea enterrado en *casa*, no tirado al mar, como un traidor que era. Pero de un traidor no se puede decir que ha caído en acto de servicio, Brigitte. Ni siquiera entre nosotros.

—Usted me pidió que regresara… —murmuró Baby—. Si he podido cumplirlo ha sido por él, gracias a su ayuda. Yo lo he perdonado… A usted, señor, le he dicho la verdad, pero… ¿qué les importa a los demás? Si no lo hace por él mismo, por Aaron Foreman, hágalo por mí.

Cavanagh abrió la boca… Y en aquel instante llegó Simón-Chófer, que se colocó en su asiento, volviéndose, sonriente, hacia

Baby.

—Aquí tiene… ¡Caracoles!, no sabía que fuese usted tan caprichosa. ¿Qué más da una marca que otra? ¡Ah, por cierto!, he visto al helicóptero, esperándola para llevarla a Nueva York.

Brigitte Montfort, en cuyo rostro apenas se notaban señales de los malos ratos pasados, cogió su maletín, y se dispuso a salir del coche, sin dejar de mirar a Cavanagh, que bajó la mirada, y murmuró:

—No se preocupe. Me encargaré de que traigan a la patria el cadáver de Aaron Foreman…, muerto en acto de servicio.

Brigitte Montfort salió del coche, y se dirigió hacia donde la esperaba el helicóptero que la dejaría en la terraza del Crystal Building, de Nueva York. Y mientras caminaba, erguida y hermosa como una reina, dos gruesas lágrimas iban deslizándose por sus mejillas.

FIN